



PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

AÑO XXVI.

NUM. 31.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS

DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Cinturon Locura.—Cinco guarniciones de enaguas blancas de nansouk.—Funda Noemi.—Enagua de nansouk.—Dos saquitos para labores de frivolidé.—Lazo para reemplazar un cuello.—Cuatro viñetas para esquinas de pañuelos y de corbatas.—Carterilla de labor.—Revista de modas.—Roma en 1867.—El castillo de Solera ó el cántaro milagroso.—Trage corto de nansouk blanco.—Zagalejo de fulard.—Zagalejo de moer blanco.—Rosa C.—Mis cantares.—Los vecinos de Darlingen.—Problemas de ajedrez.—Explicacion del figurin iluminado.

Cinturon Locura.

Este cinturon, hecho de tafetan negro forrado de marcelina blanca, se borda con cañutillos blancos y cuentas blancas de cristal; se lleva con todos los trages; tambien puede hacerse del color del trage ó de sus adornos.

Guarniciones de enaguas blancas de nansouk ó percal.

N.º 1.—Se compone de dos filas de puntas, hechas de percal puesta doble, y de 7 centímetros y medio de ancho por 4 de alto; las puntas se ponen de modo que sus extremos se cruzan en un espacio de un centimetro. Cada fila se fija por una tira de percal cortada al sesgo, respunteada, y adornada con puntos de espina.

N.º 2.—Esta guarnicion es la de enagua cuyo dibujo publicamos; se la hace de percal y muselina, cuyas rayitas mates imitan pliegues; unas tiras de nansouk, cortadas al sesgo, respunteadas, adornadas con puntos de espina, van puestas sobre esta guarnicion, figurando la fila superior de dientes redondeados; los inferiores (tira de percal) se orlan con una tira estrecha festoneada y bordada. No hay que decir que la muselina de listas estrechas va puesta sobre la tira de percal cuyos pliegues figura.

N.º 3.—La misma muselina que en la guarnicion anterior; en el borde superior de esta tira se respuntea otra cortada al sesgo, y se fija al mismo tiempo la guarnicion; se recorta la muselina listada por fuera de esta tira respunteada; se pone una tira igual sobre el borde inferior, y se fija al mismo tiempo una tira festoneada y bordada.

N.º 4.—Esta guarnicion se compone de un volante de 6 centímetros de ancho, pues ó sobre el dobladillo de la enagua, y de una orla; esta es un entredos de un centimetro de ancho cosido sobre la enagua, que se recorta por debajo del entredos; se forra este con una cinta de terciopelo negro, y se rodea con tiras estrechas cortadas al sesgo

y respunteadas (véase el dibujo en la siguiente página).

N.º 5.—Un volante de 18 centímetros de alto, se fija sobre la enagua; este volante se pliega de modo que se formen alternativamente cinco pliegues estrechos y uno ancho; entredoses bordados y una tira

tras suscriptoras, es tan sencilla como ingeniosa, y puede modificarse de modo que cubra cualquier asiento, cualquiera que sea su forma.

Hay que medir su altura desde el suelo, pasando sobre el asiento, el espaldar hasta el asiento por detrás, ó hasta el suelo, si se quiere que queden cubiertos los pies dorados ó tallados.

Se toma en seguida la medida del asiento desde los lados hasta el suelo, y se fijan estos lados al pedazo principal de la funda; se recorta el contorno exterior á puntas, se las ribetea con una cinta de algodón, se ponen los cordones por debajo, de modo que puedan atarse las diferentes partes de la funda, siguiendo las indicaciones del dibujo, que representa la funda tal como debe ser para cubrir un sillón. Estas fundas se hacen de cutí blanco ó listado.

Enagua de nansouk.

Esta enagua, cuya guarnicion se acaba de describir (véase el n.º 2), es plano por delante y por los lados, y lleva por detrás algunos pliegues formados por una jareta.

Dos saquitos para labores de frivolidé.

Estos sacos, hechos de tafetan, ó bien de lienzo blanco fino, sirven para contener las labores de frivolidé, y por consecuencia para conservarlas limpias; ámbos se cierran por una jareta, y se orlan con un encage estrecho de frivolidé.

El saco n.º 1 tiene 9 centímetros de alto por 7 de ancho; el cordon con que se cierra se pasa por un dobladillo respunteado, ó bien por los calados del encage.

El saco n.º 2, destinado para contener el hilo, se hace con un pedazo redondo, de 16 centímetros de diámetro, con un dobladillo todo al rededor, guarnecido como el anterior.

Lazo que reemplaza á un cuello.

Los lazos de la especie de este se ponen por encima del paletot. Nuestro modelo es de cinta de tafetan, de 2 centímetros de ancho y encage blanco de 3 centímetros. Se prepara ante todo, en tul puesto doble, un disco de 2 centímetros de diámetro, que se cubre con una tira de tul de 2 centímetros de ancho dispuesta en semi-círculo, realzada por un lado con el encage; se hace con esta una rosácea, que se fija sobre el disco, y en su centro se coloca una ro-



CINTURON LOCURA.

de muselina listada forman la guarnicion superior; los entredoses se fijan por tiras respunteadas.

Funda Noemi.

Esta funda, cuya idea pertenece á una de nues-

Acompaña á este número el patron ilustrado n.º 7 del presente año.

sácea pequeña, hecha con cinta doblada por su mitad. Los bucecillos de cinta que completan el lazo se cosen por detrás al disco de tul; otro tanto se hace con los cabos de cintas.

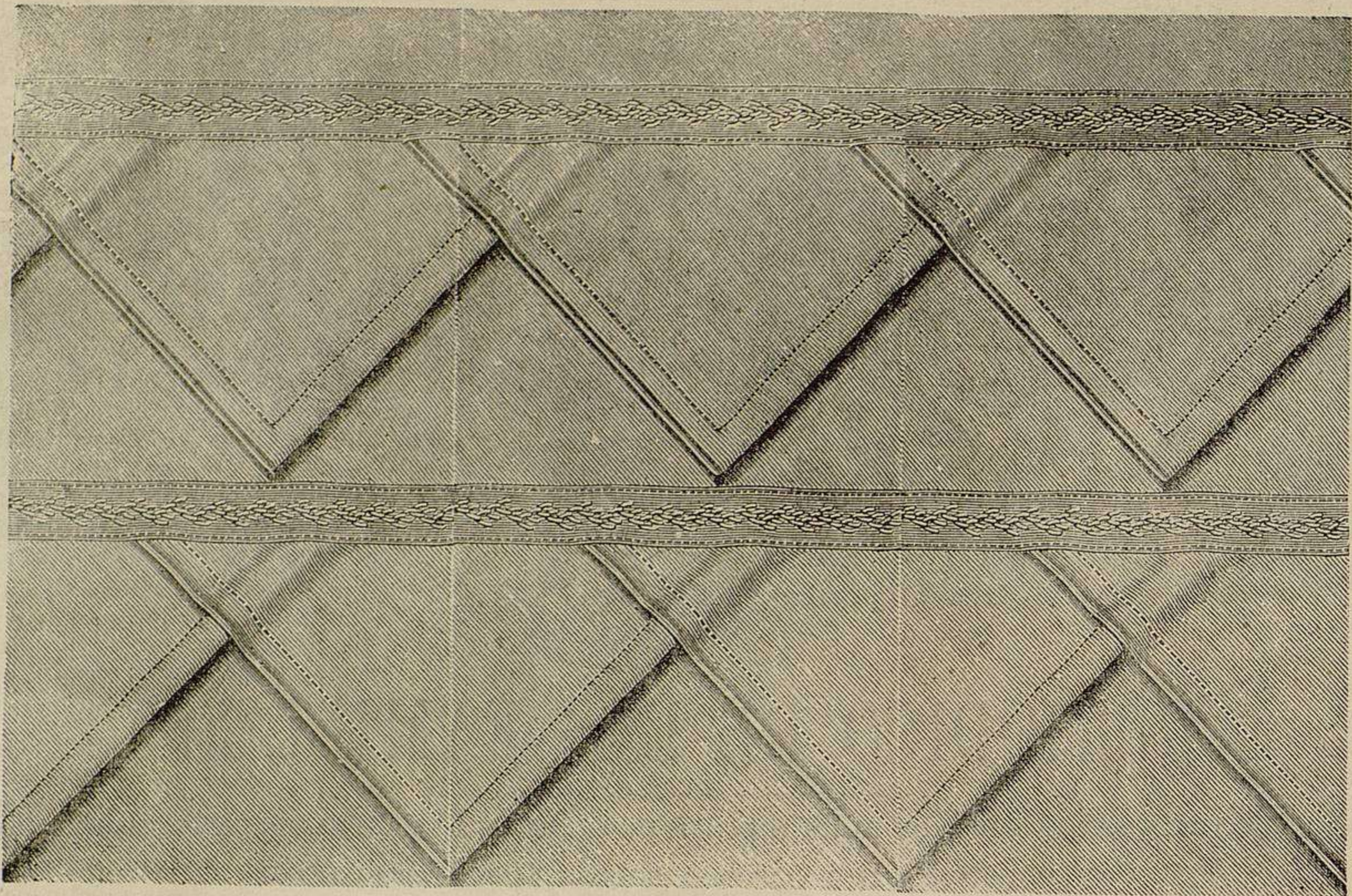
Cuatro viñetas para esquinas de pañuelos ó de corbatas.

N.º 1 y 2.—Se las ejecuta á punto ruso, — feston, — punto de nudillos, — punto de armas y punto de cordoneillo.

N.º 3 y 4.—Como las anteriores, pero una parte del bordado se hace de realce.

Carterilla de labor.

Este modelo tiene 13 centímetros de ancho y 22 de largo; se le hace con una tira de tela de seda cualquiera, á listas si es posible; el que describimos es de pequin listado de encarnado y blanco. La costura

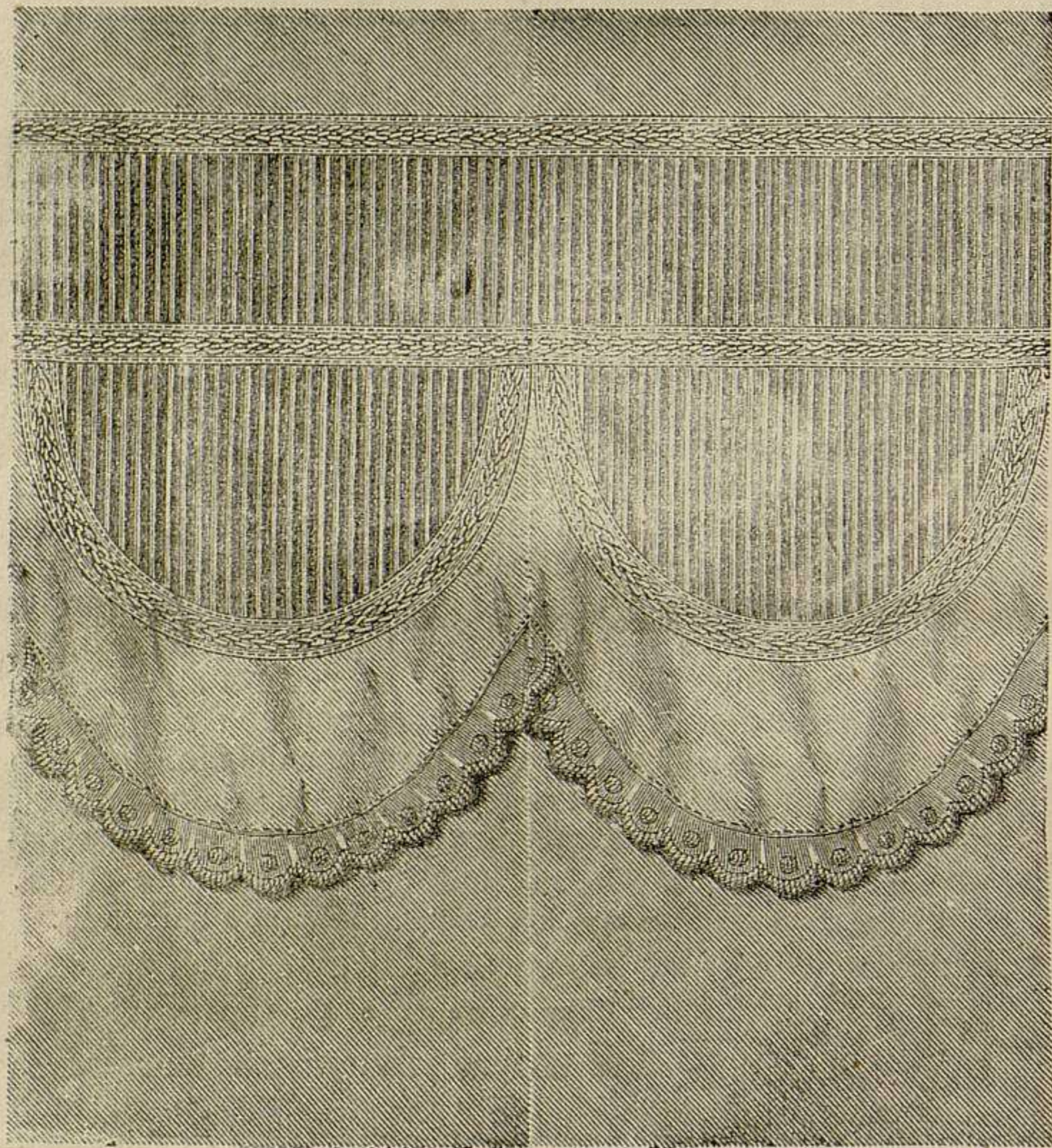


N.º 1.—GUARNICION DE ENAGUAS BLANCAS.

maquinaria indispensable para llevarlo recogido. Pero juzgando siempre con arreglo á las probabilidades, no se sustituirá el traje corto á todas las variedades de trages, y sobre todo no se renunciará en favor suyo á los trages largos de cola. En efecto, ¿puede imaginarse una bella y rica tela, dispuesta en traje corto y ostentándose en un equipo de toda gala? Esto no es admisible; el traje corto está hecho para circular sin pretensiones, y ni siquiera puede mostrarse en visitas de alguna ceremonia.

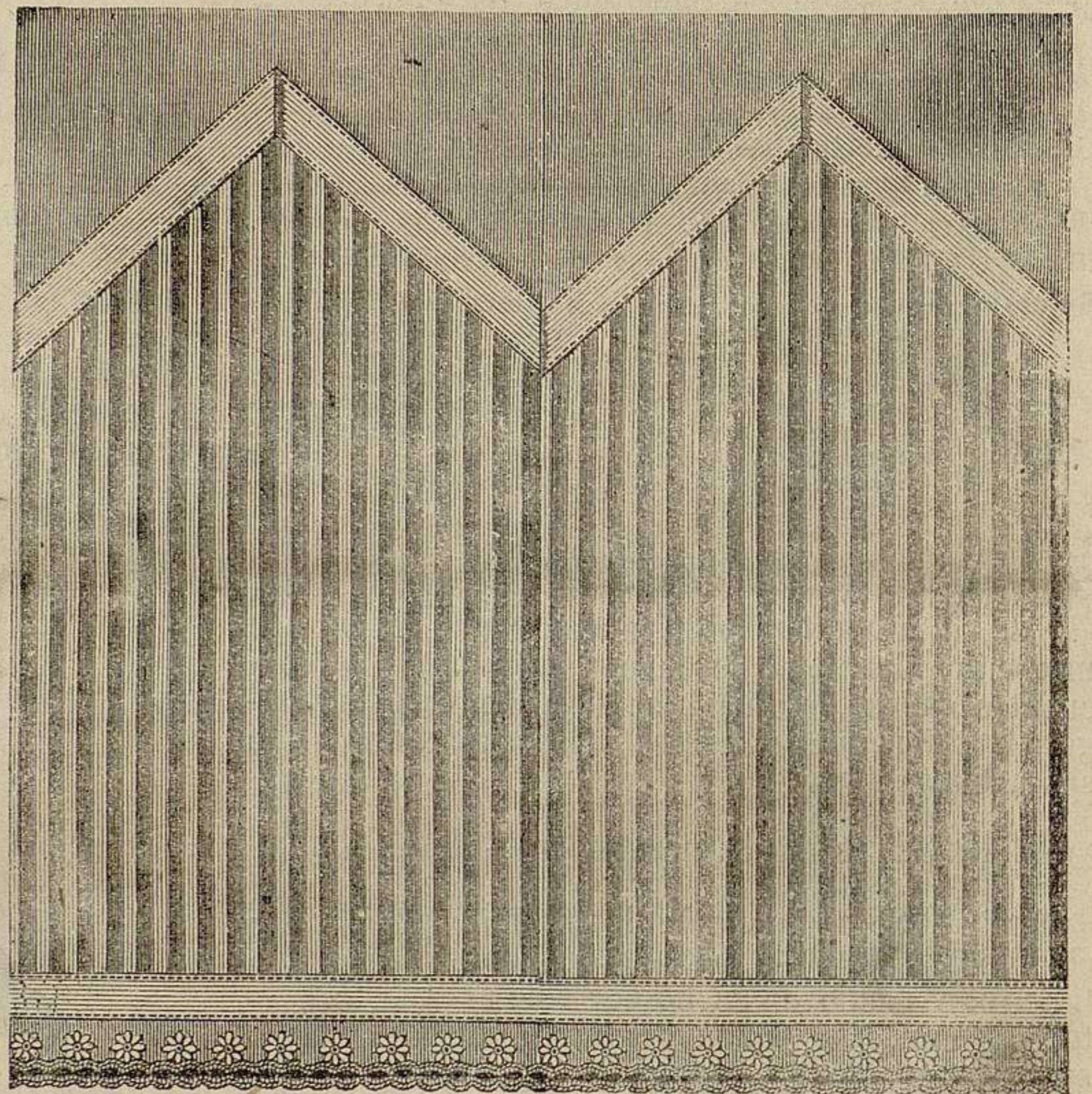
Un pardsús, arrinconado un momento, y muy injustamente, *la rotonda*, puesto que hay que llamarla por su nombre, vuelve á aparecer en ciertas circunstancias que creo preciso especificar.

Se la lleva en cualquiera edad cuando representa un vestido destinado para preservar de una temperatura



N.º 2.—GUARNICION DE ENAGUA BLANCA DE NANSOUK.

del borde inferior del zagalejo que los acompaña; este es, segun todas las probabilidades, el porvenir del traje corto, si ha de durar mucho. Las probabilidades están á su favor; es cosa cómoda el hacer con poco gasto un vestido destinado á las correrías matinales. Su adquisicion no es ruinosa, porque se necesita poca tela para un traje casi plano y poco largo. Si se tiene algun traje cuyo borde inferior esté deteriorado ó solamente deslucido, es tambien cosa cómoda el restituirle su buen parecer quitándole ese borde. Una tira de cachemira, lisa ó plegada, compone el zagalejo, y finalmente este vestido, despues de ser cómodo en su preparacion, es tambien cómodo en su uso, porque no necesita de tiras, presillas, ganchos y demás



N.º 3.—GUARNICION DE ENAGUAS BLANCAS.

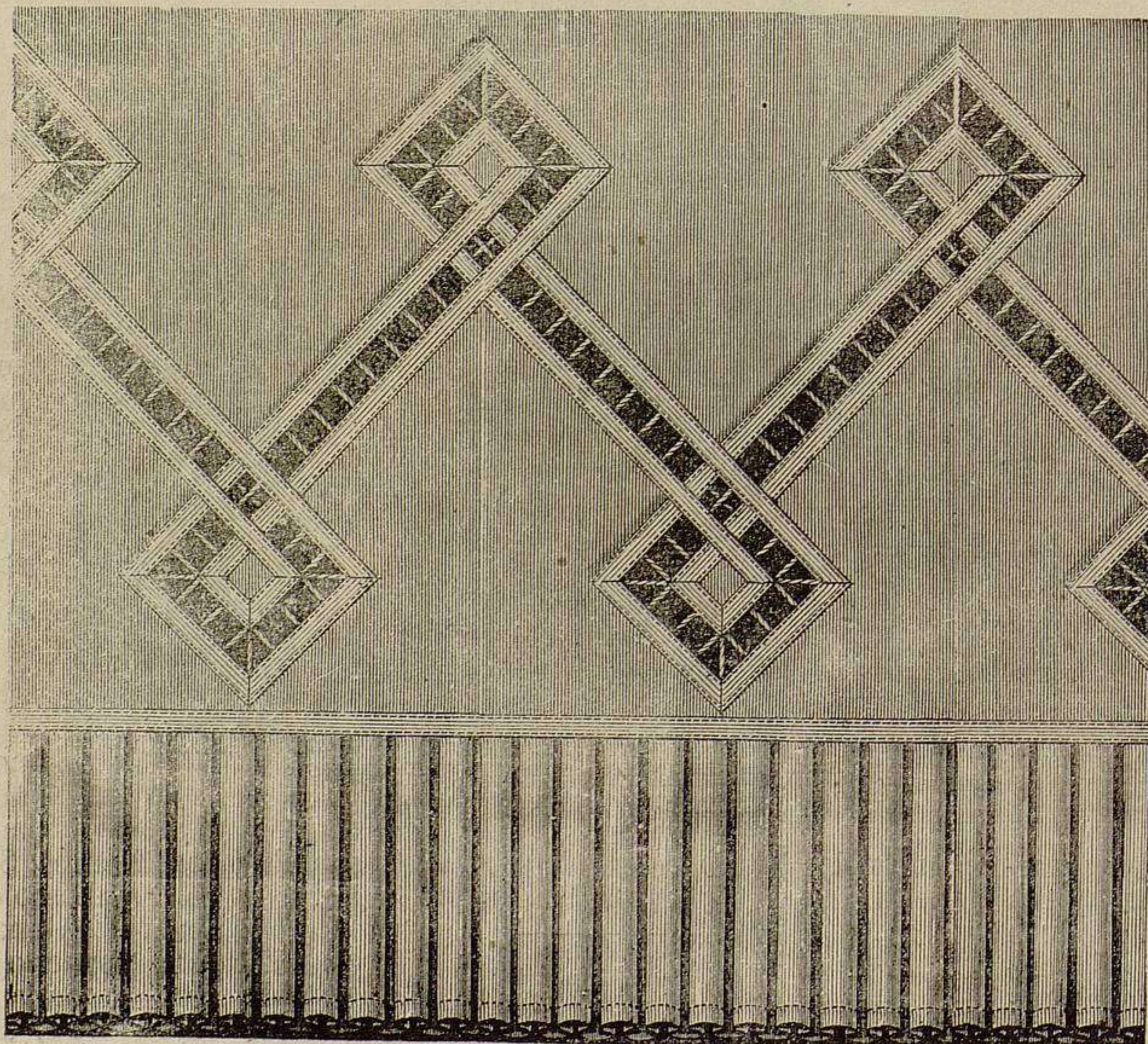
en cruz y los puntos largos (puntos de posta) de la lista encarnada están hechos con torzal de seda azul, los puntos de espina con seda verde.—Los puntos de nudillos son de seda negra; los lunares van bordados de todos colores, y rodeados de puntos atrás ejecutados con seda amarilla.

La tira que forma esta carterilla ó bolsa está cortada en triángulo por un lado, y forrada de tafetan encarnado; en el extremo, en línea recta, se pone una bolsa ó faltriquera bastante profunda; todo ello se orla con una trencilla azul, cosida con seda negra.

REVISTA DE MODAS.

Es imposible preveer desde ahora qué destinos reserva el invierno próximo á los trages cortos. Presentaré, sin embargo, acerca de este punto algunas congeturas.

El traje francamente corto, cortado segun las proporciones adoptadas hasta aquí solamente por las bailarinas, está muy desacreditado, pero se ve un gran número de trages cortos que son largos, es decir, cuya altura termina solo á algunos centímetros



N.º 4.—GUARNICION DE ENAGUAS BLANCAS.

algo fria; por consiguiente, las rotondas cortadas de un chal francés, ó de la India, las de cachemira negra ó molton de verano, pueden llevarse por todas las señoras.

Las rotondas de seda negra son consideradas como un pardsús un poco grave; por esta razon queda circunscrito su uso á las señoras que no tienen pretensiones de jóvenes.

En fin, las rotondas hechas con crespon de China blanco ó de color (blanco sobre todo) reproducen uno de los mas elegantes pardsús para toda edad; se usa indiferentemente como salida de baile ó de teatro, y para acompañar en verano un traje de calle que no tenga paletot igual.

Estas rotondas de crespon de China se forran siempre de fulard liso del mismo color, y se guarnecen con el fleco del chal.

En cuanto á los pardsús destinados á los trages del interior de casa, es supérfluo añadir que pueden bordarse, y que sus bordados pueden ejecutarse con los colores mas diversos y mas opuestos.

EMMELINE RAYMOND.

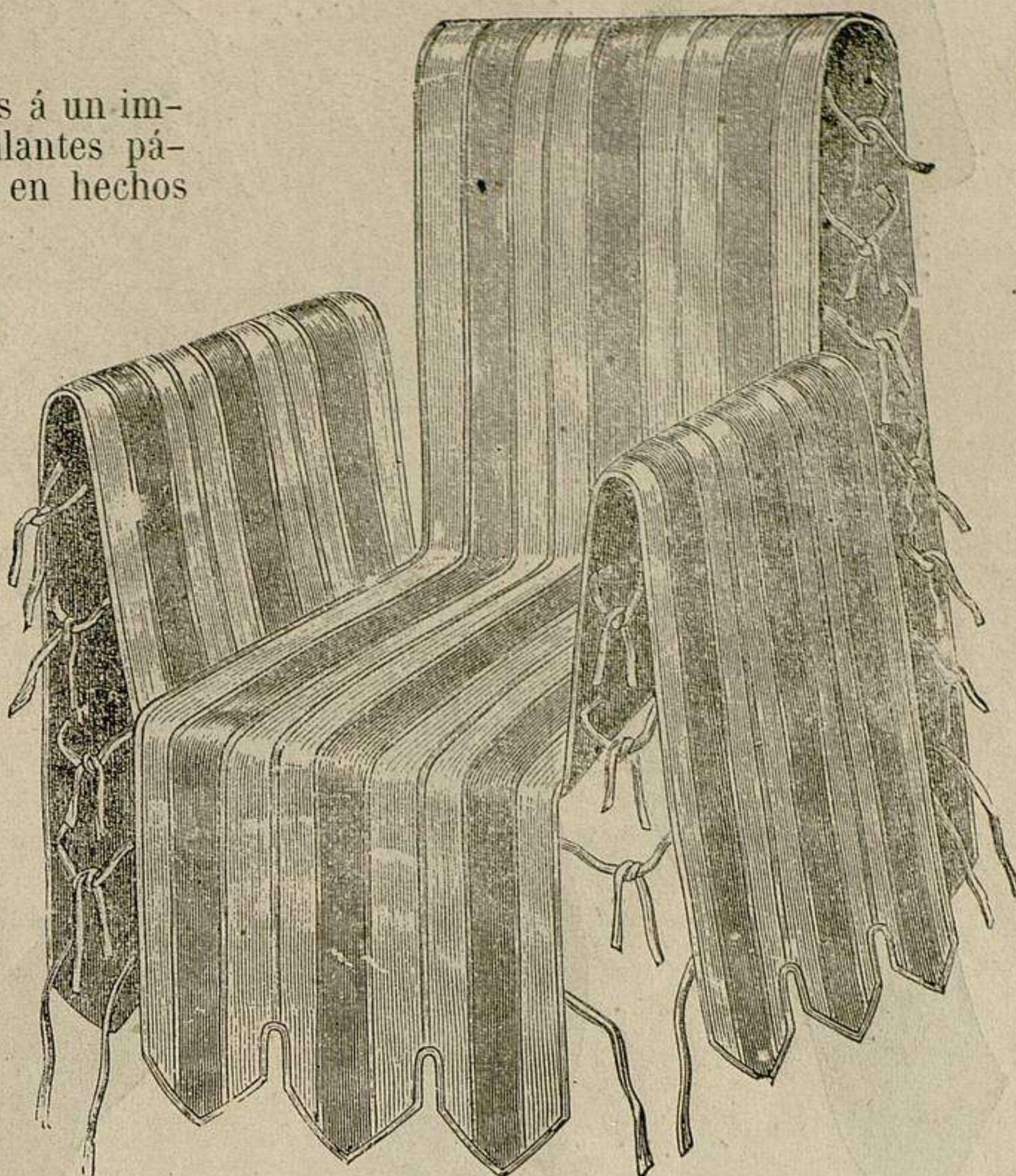
ROMA EN 1867.

No hace muchos dias consagrábamos algunas frases á un importante acontecimiento que será una de las mas brillantes páginas de la historia de nuestro siglo, tan fecundo en hechos trascendentales. La Exposicion internacional que actualmente se celebra en París, ese colosal certamen de las artes y de la industria, esa inmensa manifestacion de la inteligencia universal que se presenta á nuestra imaginacion mas grande mientras mas se le estudia en su conjunto y en sus detalles, movia nuestro espíritu con fuerza irresistible y llevaba nuestro pensamiento, como el pensamiento de la Europa y del mundo entero á la capital del César francés. París era entonces el centro de atraccion de todas las inteligencias como depositaria de los tesoros con que todos los pueblos, todas las razas, todas las nacionalidades contribuyen á la inmensa obra del progreso y de la civilización.

Ese gran prestigio que rodea á la capital de Francia, ni ha cesado todavía, ni cesará en mucho tiempo. Como los productos del suelo, como las manifestaciones de la industria, habitantes de los mas remotos climas acuden á París en número fabuloso: todas las razas tienen allí su representante; todos los idiomas tienen un eco en esa moderna Babel: de todas las costumbres se ofrece allí un cuadro á la contemplacion del curioso: en las anchas calles de la capital y en las avenidas del campo de Marte, todos los trages del Globo se presentan en confuso y abigarrado conjunto. Las testas coronadas acuden tambien á tomar parte en la gigantesca solemnidad: los augustos viajeros llegan al Palacio de la Industria y por primera vez contempla la admirada Europa al heredero de Omar, abandonando las encantadas orillas del Bósforo, para visitar las deslumbrantes márgenes del Sena.

Al considerar lo grandioso de este suceso, no concibe fácilmente la imaginacion otro capaz de oscurecerlo y apartar de él la atencion general. Y no obstante, es lo cierto que

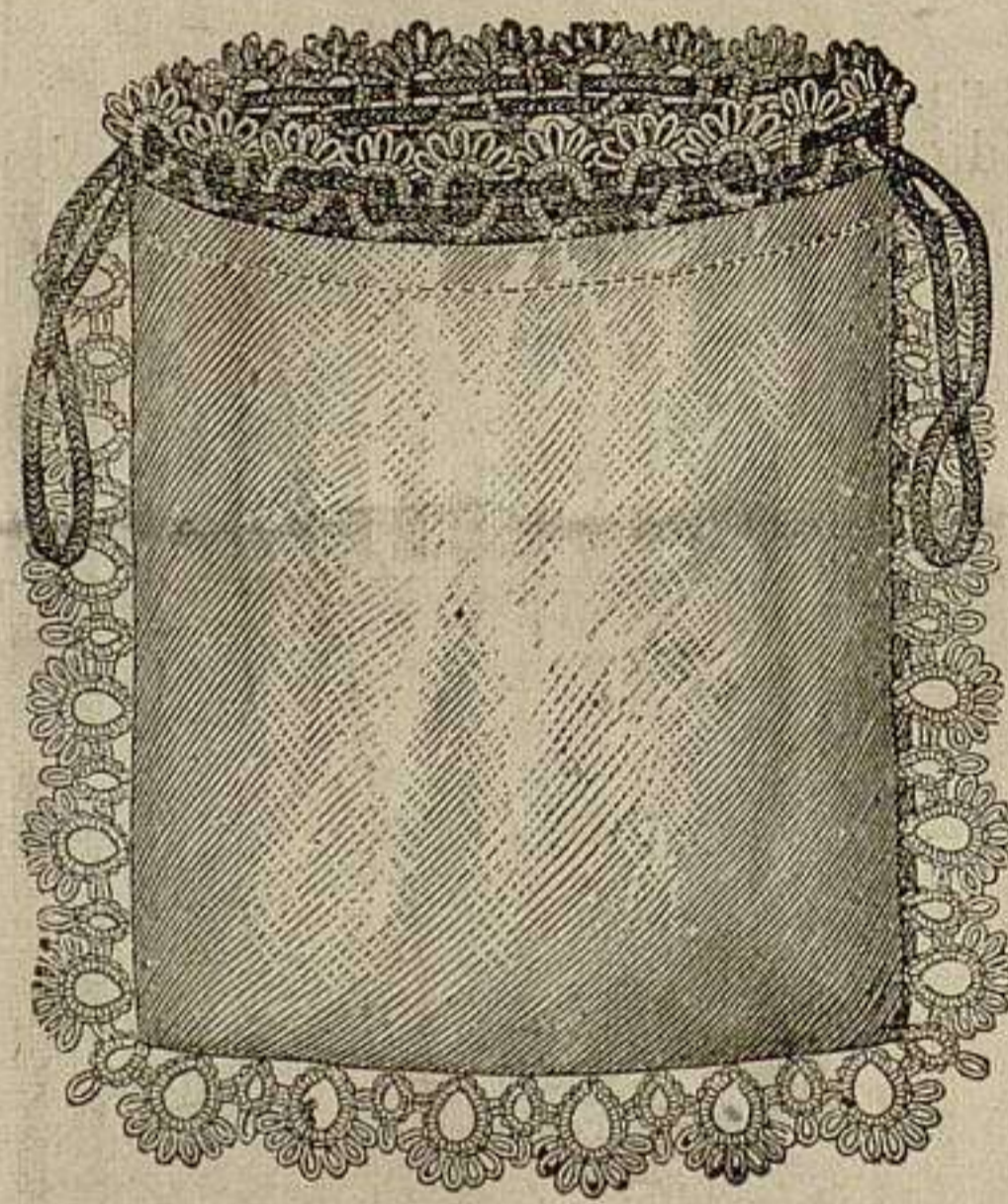
por algunos dias las miradas del mundo se han alejado de París: es lo cierto que una impresion augusta, solemne, ha venido á herir el corazón de millones de criaturas: es lo cierto que ante un espectáculo de majestad y grandeza incomparable, ha venido á quedar debilitado el que presenta la capital del vecino imperio.



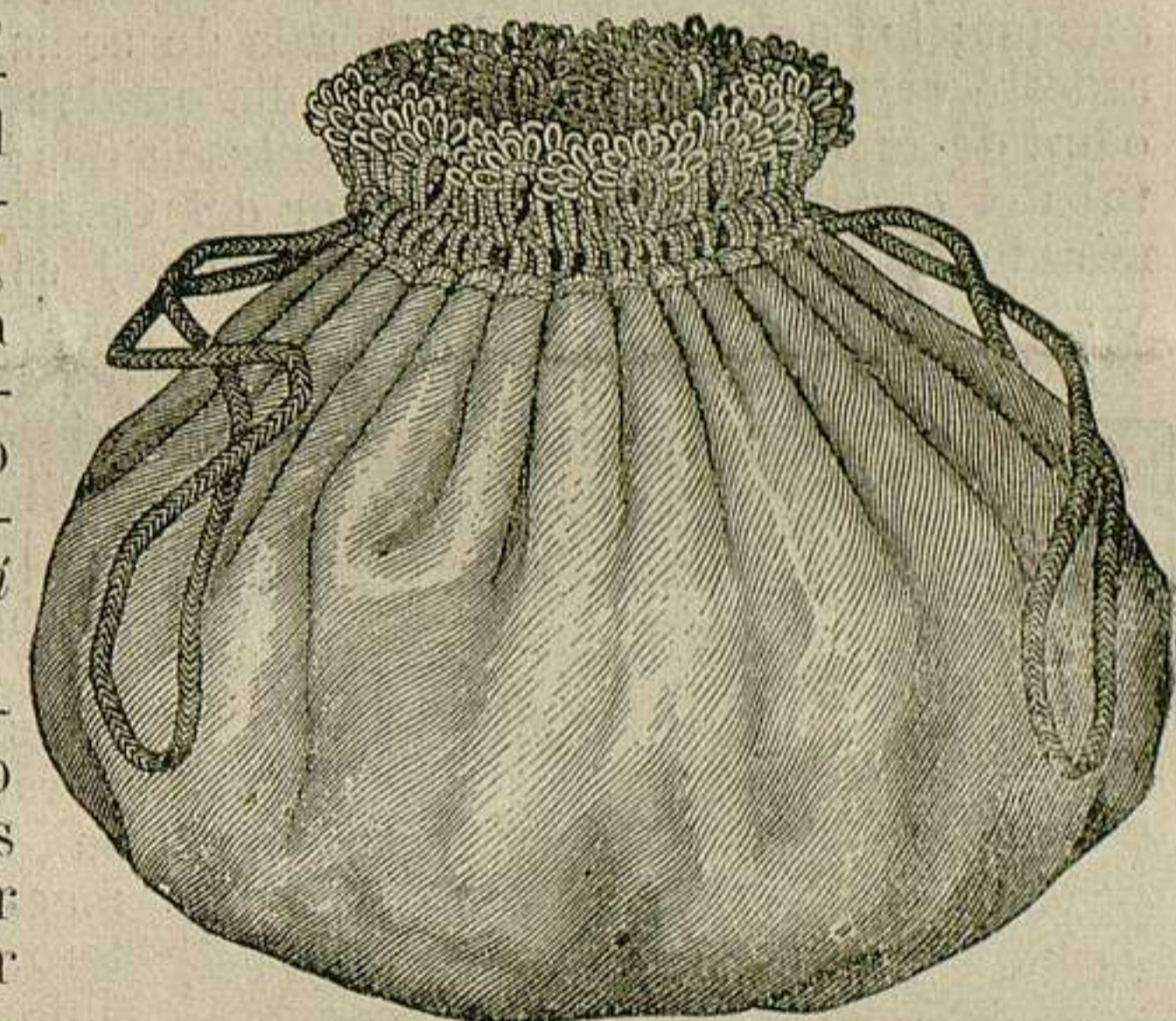
FUNDA NOEMÍ.



ENAGUA DE NANSOUK.



N.º 1.—SACO PARA LABORES DE FRIVOLITÉ.



N.º 2. SACO PARA LABORES DE FRIVOLITÉ.

¿Qué ha pasado en Roma? Pocas veces la pública expectativa se ha fijado con tanto interés como hoy en la ciudad eterna. El catolicismo, en medio de la recrudescida guerra que contra él mueven los genios de la impiedad, convierte sus ojos á Roma, como buscando un consuelo, una esperanza y redoblados bríos. La secta revolucionaria que en su soberbia se embriaga tan fácilmente con ilusorias esperanzas de triunfo, fija su vista en Roma y se siente dominada por la ira y el desaliento. Algo grande, algo significativo, algo imponente ha tenido lugar dentro de los muros de la ciudad pontificia.

Los que escuchais arrobados el canto de la sirena revolucionaria, los que guardais en vuestra alma como verdades incontrovertibles las arengas de los tribunos, los que esperais en sus profecías, sabeis ya lo que es Roma. Roma es el carcomido alcázar de un poder que espira: dejad á los ilusos creer en el cumplimiento de una palabra divina; dejad que esos espíritus débiles cierren sus ojos á la luz de las verdades nuevas y se obstinen en permanecer á bordo de ese buque próximo á zozobrar: los cañones del castillo de San Angelo vibrarán pronto en los funerales del Pontificado; la ciudad

de las ruinas tendrá una mas que ofrecer á la contemplacion del viajero, y en el Capitolio tremolará magestuosa, en vez de la bande-

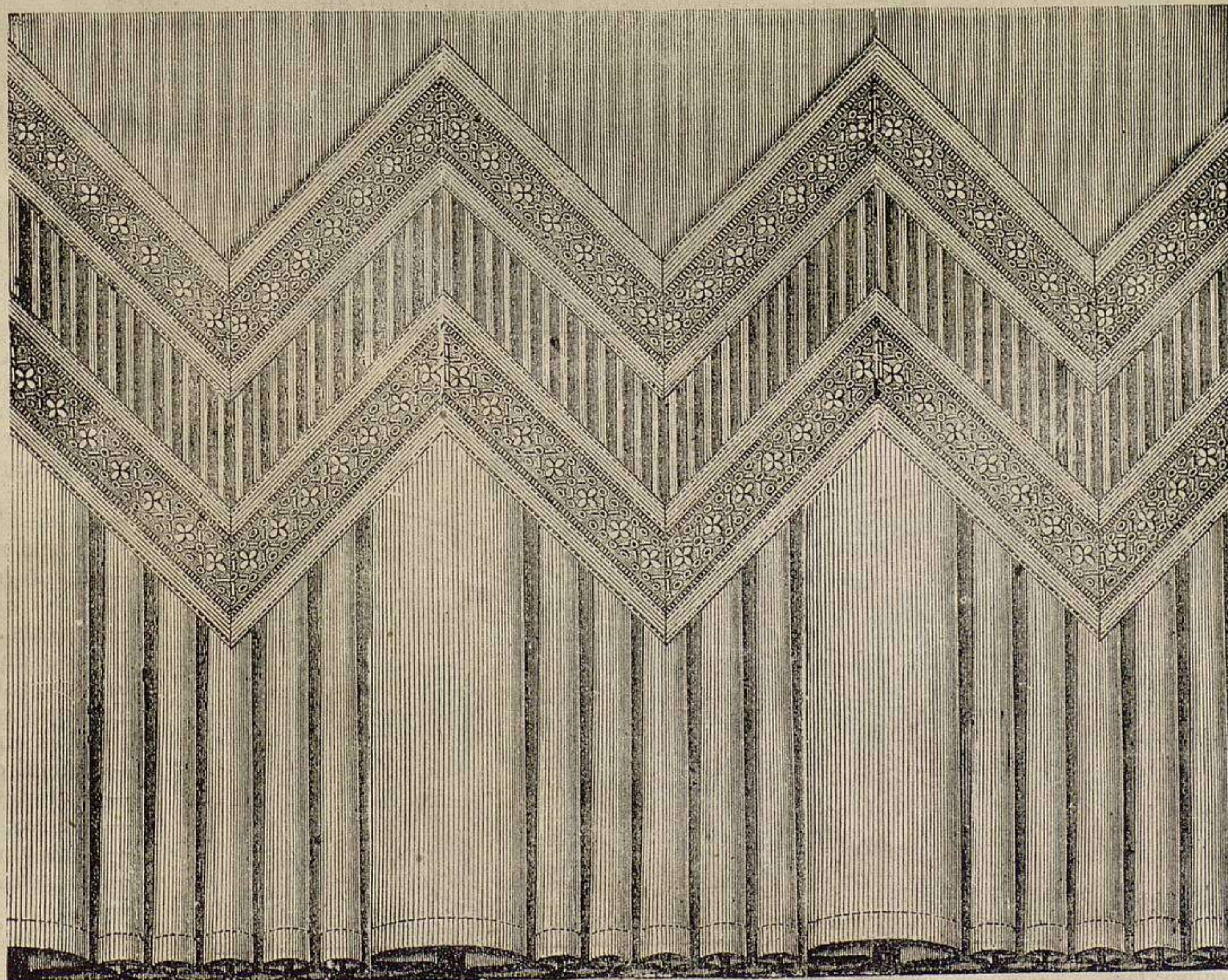
ra de la Cruz, que cobija un mundo, la bandera de un Rey soldado que cobijará una corte de soldados y tribunos.

¿No habeis oido esto mil veces? En ocasion muy reciente, no lo habeis vuelto á oír? Pues ved la realidad. Una voz ha sonado en lo alto del Vaticano y esa voz se ha extendido por pueblos y naciones, y ha salvado los montes, y ha atravesado los mares, y ha volado de de uno y otro hemisferio, llegando á las mas remotas comarcas; y al eco de esa voz se han conmovido millones de hombres, y ha respondido una vibracion inmensa de respeto y de simpatía. Y esa voz ha infundido fuerza y alientos juveniles á cuerpos agobiados por el peso de los años y de las dolencias, y centenares de augustos peregrinos, apoyados en el báculo, simbolo de su elevado ministerio, recorren distancias enormes, surcan los mares y se apresuran á agruparse al rededor del trono donde se asienta el sucesor del Principe de los Apóstoles.

Necesitábase una negativa á las soberbias afirmaciones de la revolucion y esa negativa ha resonado. Necesitábase una manifestacion enérgica y visible de vitalidad y fuerza en el que algunos afectaban creer, cadáver galvanizado, y la manifestacion ha tenido lugar. Nada ha prevalecido, nada prevalece, nada prevalecerá contra la Iglesia. Diez y ocho siglos hace que la cátedra de Pedro se levanta sobre las ruinas del mundo antiguo; en ese tiempo las iras de los tiranos, el satánico ingenio de pretendidos filósofos, la herejía y el cisma se han concitado contra ella; y cayeron los tiranos y sus imperios, y pasaron los filósofos y sus doctrinas, y desmayaron la herejía y el cisma, y la cátedra de Pedro sigue extendiendo sobre toda la haz de la tierra sus divinos resplandores. Corren los tiempos y el espíritu del mal levanta nuevos enemigos contra la Iglesia, enemigos tenaces, incansables, osados; á Roma se dirige su pensamiento; contra Roma amenazan de continuo caer con sus heterogéneas huestes, y hélos ahí un dia y otro dia, un año y otro año, rujendo con impotente cólera al pié de esa inquebrantable roca, donde resuena un eco de aquella voz que dijo al mar desencadenado: *de aquí no pasarás.*

Si sois católicos, pero si no obstante habeis sentido el temor y la duda al ver la barca del pescador contrastada por tan furiosos elementos, decid: ¿no reanima vuestra fé, no aviva vuestra esperanza el espectáculo que Roma acaba de presentar á las naciones? Si no sois católicos, si la luz de la religion verdadera no alumbrá vuestras almas, decid: ¿cómo explicais tanto poder, tanta vida, magestad tan augusta, firmeza tan inquebrantable?

El derecho yace á los pies de la fuerza: la legitimidad vaga por playas extranjeras arrastrando la púrpura acribillada de balas y ennegrecida por el humo de la pólvora; la ambicion se agita desahogada en los consejos de los monarcas: teorías destructoras de todo derecho, resuenan en altos lugares y vienen á responder á otras teorías disolventes que se elevan de las capas bajas de la sociedad: la fe nunca violada, la confianza, la paz, huyen y se esconden. Europa tiembla y se estremece á cada minuto, entre los horrores de lo pasado y las lúgubres esperanzas de lo porvenir. Y en medio de este mar borrascoso de dudas, de temores y desconfianza, un anciano venerable escucha con tranquila sonrisa el rumor de las amenazas que llegan hasta su oído. ¿Qué temor han de inspirar los poderes de la tierra, al que tiene en su apoyo el poder del cielo? Si los bárbaros llegan á las puertas de Roma, ¿acaso no encontrarán la misma



N.º 5.—GUARNICION DE ENAGUAS BLANCAS.

santa palabra, la misma mirada serena, la misma incomparable majestad que detuvieron el paso de las hordas feroces de Atila?

Nunca como ahora el santo aniversario que ha reunido á los sucesores de los Apóstoles al rededor del Vicario de Cristo, pudiera ofrecer un espectáculo tan consolador para los corazones católicos. Nunca como hoy en que parece que todas las corrientes no tienen otro impulso que el desarrollo de los llamados progresos materiales, es oportuno, es feliz evidenciar la solidez de los cimientos de la Iglesia, llamada por los siglos á mantener en toda su pureza los sagrados intereses de la moral y del orden espiritual, sin cuya segura direccion, la débil humanidad careceria del único bálsamo de sus dolores.

Saludemos, pues, con gratitud y admiracion á ese noble concurso que ha llevado á Roma, no el refinamiento del lujo, ni la esperanza de goces para los sentidos, ni la presencia de los monarcas de la tierra. Otra es su tendencia. El catolicismo en dias de prueba acude á buscar fuerzas en la atmósfera de las catacumbas. Las encontrará.

ENRIQUE GALLARDO DEL PINO.

EL CASTILLO DE SOLERA,

6

EL CÁNTARO MILAGROSO.

A Don Rodrigo Soriano.

Hace dos meses visité contigo tus hermosas posesiones de Solera, recorrimos juntos el Castillo que con tanto esmero has restaurado; visitamos el subterráneo, y Rufó, tu administrador, nos refirió la leyenda de Dorotea, ó el Cántaro Milagroso, la que transcribo religiosamente.

Habia en Andalucía, en el reino de Jaen, en este pueblo de Solera, á fines del siglo XIV un maestro carpintero feudatario del señor de Solera, que tenia la desgracia de emborracharse muchas veces á la semana; los artesonados de la sala de armas del Castillo, obra primorosa segun los restos que hoy dia quedan, habian sido obra de su mano: la puerta de entrada donde se ostentaba el escudo de armas del señor del Castillo, habia admirado á todos y hecho reconocer en el carpintero un verdadero artista.

Tema este carpintero una hija bellísima llamada Dorotea.

En el tiempo que comienza nuestra leyenda, Alvaro, que así se llamaba el maestro carpintero, habia perdido por su mala conducta la confianza de sus parroquianos, y no le era posible apesar de su habilidad hallar trabajo alguno entre sus convecinos.

Blasfemaba de la Providencia

acusándola de la miseria de que solo tenia la culpa su holgazaneria y mala conducta, y descargaba su cólera sobre su pobre hija, bien inocente por cierto de su desgracia.

Una noche despues de haber roto lleno de ira la mayor parte de los muebles de su casa, se echó sobre su cama fatigado con su desesperacion.

—Si pudiese beber, dijo, al menos bebiendo se quitan las penas.

Habia en las inmediaciones una cisterna famosa á diez leguas á la redonda, por la claridad y admirable gusto de sus aguas.

Viendo Dorotea á su padre con una sed febril, resultado de los accesos de su ira, se fué sin decir nada á llenar su cántaro á la famosa cisterna, y despues lo acercó á los labios del frenético.

—Qué bebida es esa? dijo despues de haberla probado.

—Agua, padre mio.

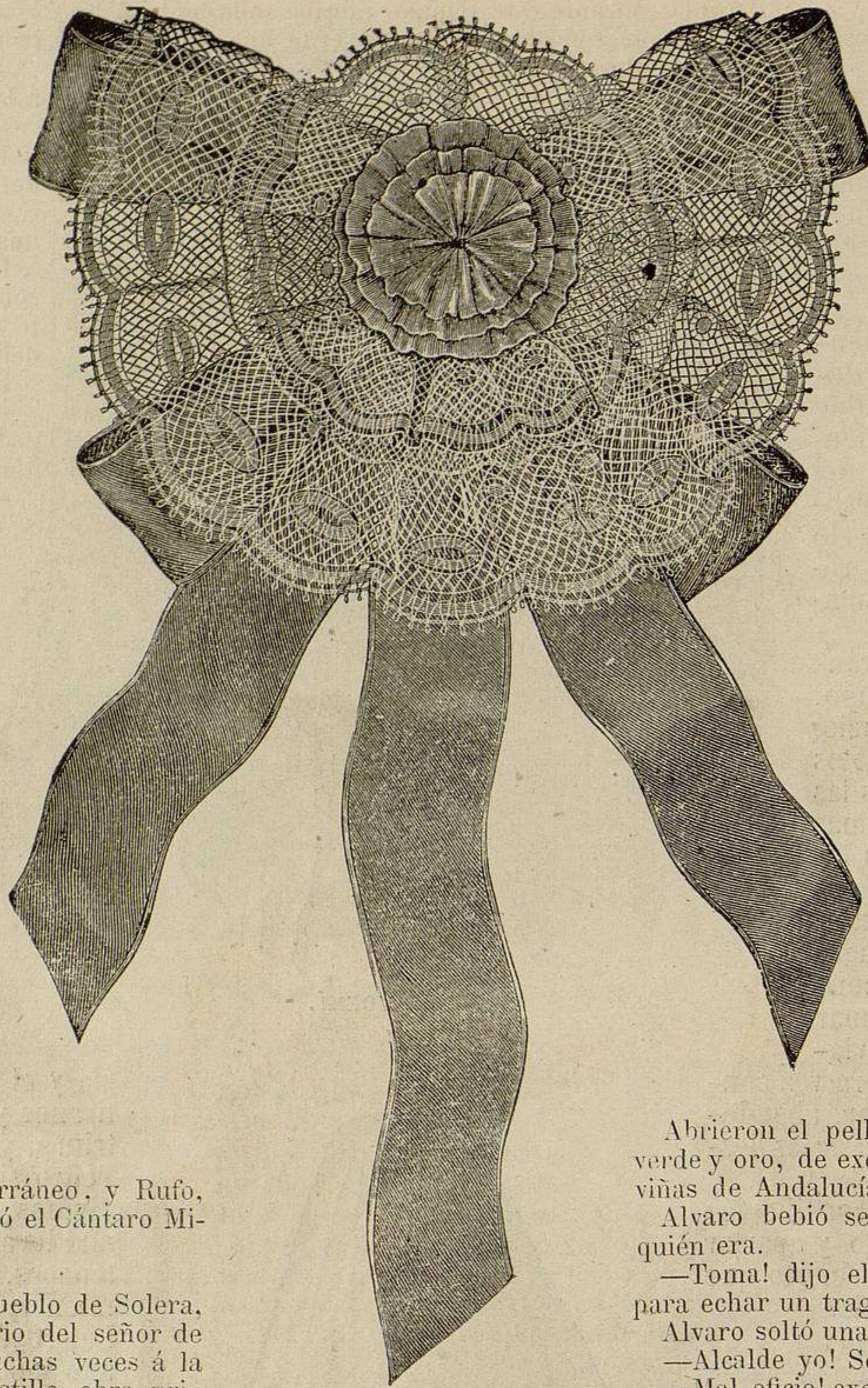
—Agua! dijo, ¡agua! lo que beben los caballos y los patos, el desecho de la naturaleza, el residuo de las tempestades. Maldita sea mi suerte que me obliga á tragar este asqueroso brebaje.

—Pero, dijo Dorotea, esta agua es la mejor que hay en el mundo.

—Quítate de ahí, miserable! gritó el padre lleno de demencia, y cogiendo á la pobre criatura la derribó de un empujón.

Vaciló Dorotea, y el cántaro, causa de aquel altercado, fué á quebrarse contra la pared.

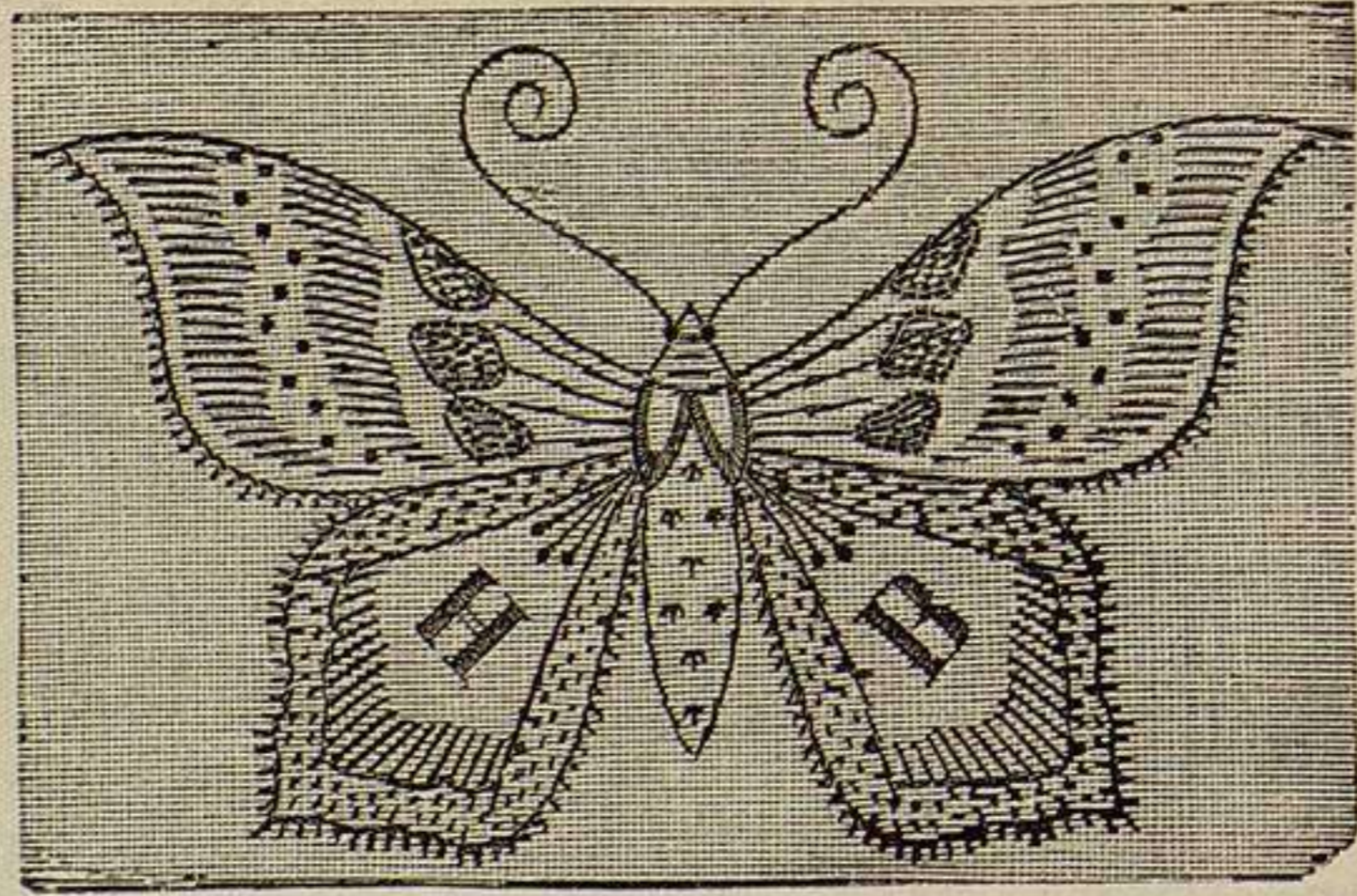
Aquel espectáculo irritó todavía mas á Alvaro; cogió una vara é iba á romperla sobre las



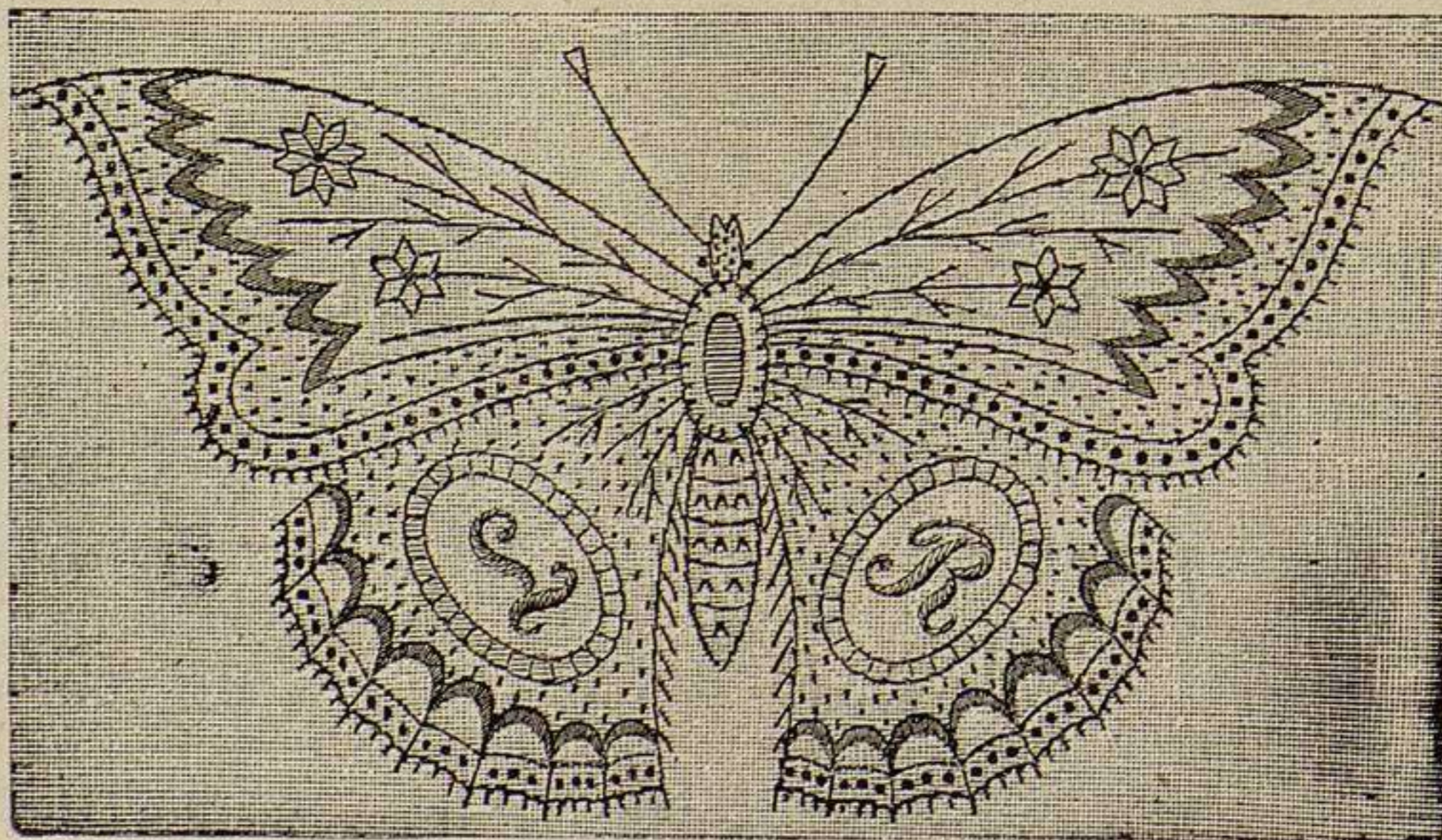
LAZO QUE REEMPLAZA UN CUELLO.



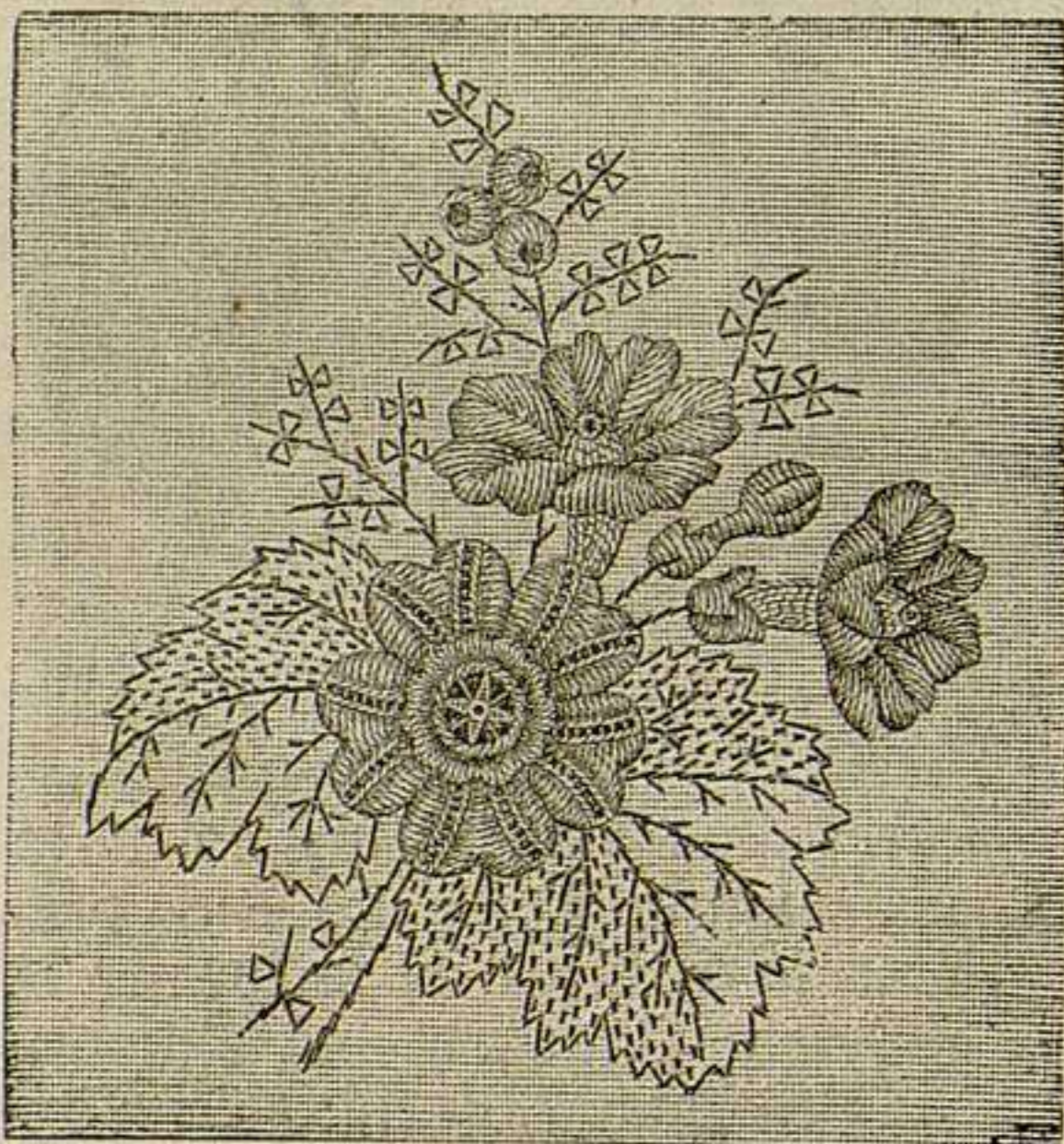
CARTERILLA PARA LABOR.



N.º 1.—VIÑETA PARA PAÑUELO.



N.º 2.—VIÑETA PARA PAÑUELO.



N.º 3.—VIÑETA PARA PAÑUELO.



N.º 4.—VIÑETA PARA PAÑUELO.

costillas de la niña que lloraba, magullada con su caída, cuando llamaron á la puerta...

La noche estaba oscura y amenazaba una tormenta, los relámpagos atravesaban las tinieblas.

—Quién va? dijo Alvaro.

—Qué os importa? le contestó una voz terrible. No teneis nada que os roben.

—Qué quereis?

—Entrar mientras llueve.

—Id con mil diablos, gritó Alvaro.

—Con ellos vengo, respondió la voz.

—No abro.

—Es lástima, porque traigo una carga que me pesa y me la podríais aliviar. Traigo un pellejo de vino añejo de manzanilla que haria beber á un muerto con su enterrador.

A estas palabras abrió tanto oído Alvaro.

—Conque traeis vino?

—Digno de figurar en la mesa de un emperador.

—Vamos, Dorotea, holgazana, llorona, ve á abrir á ese néctar la puerta de par en par; es preciso no dejarle á la lluvia. No me gusta el vino aguado.

La jóven antes de obedecer, miró tiernamente á su padre.

—Es muy tarde para abrir á un desconocido, dijo.

—Vé á abrir inmediatamente y no me quiebres la cabeza con tus reflexiones.

Dorotea llorando fué á alzar el picaporte, y entró el desconocido. Era de alta estatura, de pelo rojo, y arastraba tras de sí, como habia dicho, un pellejo grande cubierto de barro por el exterior.

—Verdad has dicho, exclamó con alegría Alvaro al ver el pellejo de vino.

—Yo no miento, replicó el viajero. La mentira no es el pecado de los orgullosos. Pues que me albergas en tu choza, saca vasos y bebamos.

—Ni vasos ni dinero tengo. Dorotea, trae dos tazas á su señoría.

La jóven sacó del armario dos tazas.

Abrieron el pellejo del que salió un vino de un color admirable de verde y oro, de exquisito olor y de excelente gusto; de lo mejor de las viñas de Andalucía.

Alvaro bebió sendos tragos, y despues preguntó al forastero que quién era.

—Toma! dijo el viajero, parece que se necesita tener un pasaporte para echar un trago con vos. ¿Sois acaso el alcalde?

Alvaro soltó una carcajada.

—Alcalde yo! Soy... Soy carpintero.

—Mal oficio! exclamó el desconocido, echándole nuevamente de beber.

—Es mejor el vuestro? dijo Alvaro.

—Sí.

—Cuál?

—Comprar sus almas á las criaturas.

—Bah!

—Sí, trafico en esto hace mucho tiempo, y me va muy mal.

—Y á cómo pagais el alma?

—Segun; un alma de un hombre hecho de viejo, de cómica, de bailarina, de filósofo, no es muy cara.

—Y mi alma?

—¡Un alma de borracho!... dijo con desden el desconocido.

—Hola, tio Rojo! me gusta el vino, pero no toloero que me insulten.

—Bah! así son todos los hombres, quisquillosos en las palabras, cínicos en las cosas: bebed y tendreis mas lógica.

—Eso es, replicó Alvaro amansándose, bebamos enhorabuena.

Yo que no tengo nada quisiera vender mi alma. ¿Cuánto me daís?

—Poco, porque esperamos tenerla gratis; os gusta el vino, y este quita la vida, apaga la inteligencia, embrutece el espíritu, paraliza el cuerpo tomado en gran cantidad; y el vino, á pesar vuestro os entregará á mi amo Lucifer.

—Y si me corrigiese? si no bebiese mas que agua?

—Os desafío á que lo hagais.

—Teneis razon.

—Cómo es que esta niña no bebe con nosotros?

—Gracias, no tengo sed, respondió Dorotea sin dejar de recoger los pedazos de su cántaro roto, que estaba buscando por el suelo.

En aquel momento un trueno hizo desgarrarse las nubes en agua.

—Diablo! dijo Alvaro medio borracho.

—Me habeis llamado? dijo el desconocido.

—Yo? No; he dicho diablo.

—Pues bien, acabais de pronunciar mi nombre.

—Quereis comprarme algo?

—Sí.

—Mi alma?

—No.

—Pues qué?

—La de esta jóven.
Dorotea se estremeció y echó instintivamente mano á su rosario.
—Calla, dijo Alvaro. ¿Puedo yo disponer de su alma?
—No sois su padre? respondió el hombre Rojo. En ese caso como respondeis ante Dios, podeis hacer cuanto os agrade bajo vuestra responsabilidad particular.
—Y ¿cuánto me dais?
—Hay precios establecidos. Cinco mil escudos de oro por una jóven doncella.
—Muy bien, dijo Alvaro.
—Pero, padre mio, dijo suspirando Dorotea, apenas tengo diez y ocho años.
—Menor! exclamó el demonio; ¡menor! entonces son mil escudos mas.
—Pero, ¡padre mio! si soy de la Congregacion de la Virgen.
—De la Congregacion de la Virgen! continuó el negro mensajero, entonces son en todo diez mil escudos.
—Diez mil escudos! repitió aullando Alvaro.
—Diez mil escudos, repitió á la vez el comisionado Táraro.

Dorotea, durante este tiempo, miraba sollozando á los caballeros que rodeaban la puerta; eran nueve: relucientes cascos cubrian sus cabezas y negros bigotes sombreaban sus rostros.
Al volver de su sorpresa vió cerca de sí al demonio.
Habia arrojado su peluca roja, y se le presentaba bajo la forma de un gentil y apuesto caballero, como de unos treinta años.
—Dorotea, le dijo, vuestra alma es mia.
—Devolvedmela, señor demonio. Se la habia prometido á Dios y á su Santa Madre la Virgen; devolvedmela, trabajaré dia y noche para pagaros el dinero que por ella habeis dado.
—No, dijo el demonio; ¿qué temeis de mí, tan feo soy?
—No, sin duda; pero mi padre se condenará.
—Y qué importa? sin esto se hubiera condenado.
—Maldito vino, traidor licor causa de todos nuestros pesares.
El diablo miraba con atencion á la jóven oyéndola preferir aquellas palabras. Parecia muy complacido con sus gracias y sencillez.
—Y á vos no os gusta el vino? dijo Dorotea.

—Pues es cosa perdida; ya no tengo cántaro: mi padre lo ha hecho pedazos.
—Es que á él no le gusta el agua y es muy aficionado á la parra; prefiere su color verde y sus nudosos brazos; sus granos, azulados y mosqueados, á todos los manantiales mas puros; y no sé qué he de hacer; tengo una sed del infierno.
—Pues voy á la cisterna con una taza, y si no basta con una, volveré cuantas veces sean necesarias.
Después de haber toma lo esta valerosa resolucion, Dorotea se puso en camino y por tres veces pasó por delante de los sombríos caballeros, para llevar á los labios del demonio el refrigerante líquido.
Durante este tiempo, Alvaro dormia siempre.
—Y bien, jóven, la dijo el diablo despues de haber apagado la sed, ¿quieres saber el secreto para rescatar tu alma?
—Ya lo creo!
—Cásate.
—Casarme!
—Si caes en poder de un esposo que sea buen cristiano se batirá con nosotros por tu salvacion.



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage corto de nansouk blanco, con zagalejo igual; la guarnicion se compone de un volante festoneado muy estrecho, de nansouk, y de un bordado de trencilla blanca.

Zagalejo de fulard, con bordado de trencilla verde. Trage corto de fulard

gris, con bordado de galncillo estrecho verde; el mismo bordado en el corpiño.

Zagalejo de moer blanco.—Trage corto igual al zagalejo, con puntas orladas de tafetan azul vivo. Cinturon con faldetas guarnecidas como el trage.

—Dadme la mano: negocio concluido. Su alma es vuestra.
Sacó entonces de su bolsillo el comprador un pergamino escrito con caracteres encarnados, en que estaba escrita el acta de la venta del alma de la hija de Alvaro, se lo hizo leer, despues se lo presentó para que lo firmase.
—Alto allá, dijo Alvaro; toma y daca, venga el dinero y firmaré entonces.
Sacó el desconocido un cuerno de acero, lo tocó, é inmediatamente se pararon delante de la puerta de la casa un peloton de hombres á caballo.
—Ahí están mis gentes, dijo el hombre Rojo.
Abrió la puerta, salió, y á poco volvió á entrar con un gran saco que contenia diez mil escudos de oro, y los puso delante de Alvaro, embrutecido por el vino.
Sea que la vista de aquel tesoro hubiese aumentado la fatiga de su quebrantada cabeza, sea que el sueño, causa de la apoplejia vinosa, hubiese llegado á su colmo, Alvaro no tuvo fuerza mas que para apoderarse del saco, estrecharlo contra su pecho, firmar el pergamino y quedarse profundamente dormido.

—No, cuando los que beben se ponen en semejante estado, y al mismo tiempo señaló á Alvaro que dormia un sueño convulsivo. Sin embargo, tengo sed, el pellejo está vacío y daria algo por beber un trago á mi vez.
—Ya lo veis, el vino es peligroso, da sed.
—Nosotros los demonios bebemos mucho, vivimos en pais caliente; está seca la lengua y cuando tenemos forma humana, estamos expuestos á sus flaquezas.
Dorotea, con aire suplicante, le dijo al forastero:
—Si quisiérais volver á ceder mi alma, yo aplacaria vuestra sed con agua la mas pura que hay en el mundo.
—Pero un vaso de agua no vale los diez mil escudos de oro sobre los que está roncando Alvaro en este momento.
—Y yo quiero mas que una parte de mi alma?
—Sin embargo, es preciso ser lógicos; una alma no se divide como una espiga, y no podeis como Proserpina pasar la mitad del tiempo en el Infierno, y la otra mitad en el Olimpo. Pero en fin, hay una condicion posible para poder invalidar la venta.
—Decid, señor demonio.
—Darne un cántaro de agua.

—Yo bien quisiera casarme; pero quién querrá casarse con una mujer cuya alma es del diablo?
—Yo te daré un regalo.
—No lo necesito, respondió Dorotea.
—Lo haces bendecir por el cura, y con él encontrarás tu salvacion. Adios, jóven, mañana recibirás mi regalo, pero cástate pronto si quieres escapar de nuestro poder.
Al decir estas últimas palabras, el negro espíritu montó ligeramente en el caballo que los caballeros que habia dejado en la puerta tenian de las riendas y desapareció en el bosque.
—Muy triste quedó Dorotea al lado de su padre que continuaba siempre en el mismo profundísimo sueño. ¡Al amanecer vino su primo, que era un gallardo mancebo, pobre como ella, pero muy honrado, al cual contó lo que habia pasado la noche anterior, y cuando esperaba que este mostrase asombro y se retrajese en los amores conque hacia tiempo la requeria, oyó que la dijo:
—Me caso contigo; y ahora que perteneces á los espíritus malignos no tengo necesidad del permiso de tu padre.
—Os casais con una mujer sin alma.

—Yo haré que te la devuelvan.

Fueron, pues, á ver al buen cura para que les diese su santa bendición, y este les dijo que tenía que darle un regalo de parte de un desconocido.

—Ya lo sé, dijo, pero no debo tomarlo.

—Aceptalo, dijo el digno sacerdote, yo lo tomo á mi cargo.

—En ese caso estoy tranquila.

Extendió la mano la jóven y el cura la entregó un cántaro, de barro de tierra de Castilla, con rayas negras y asa curva.

—¡Un simple cántaro! le dijo Dorotea.

—Para suplir al que os han roto. Habis dado de beber á un viajero sediento, y os le ofrece en recompensa de vuestra virtud.

—No es muy generoso, dijo el esposo.

—Aguardad, os concedo en toda propiedad la cisterna de la que habéis sacado el agua, y podeis hacerlos pagar un derecho por permitir sacar de ella agua á los pueblos vecinos.

—Pero si es imposible, dijo la recién casada; la cisterna pertenece al señor del pueblo.

—El desconocido ha arreglado un contrato en forma; aquí teneis el título de pertenencia formado y legalizado en vuestro nombre.

—Vamos, dijo con voz baja Dorotea tomando el cántaro, el diablo hace bien las cosas; ¡lástima que sean tan malas!

Al cabo de dos dias vino una órden, no se sabe de donde, por la cual se prohibió á los habitantes de los pueblos inmediatos sacar agua de la cisterna. Alvaro, que se habia quedado solo, en su soledad habia vuelto en sí, y sintió los remordimientos entrar en su alma. Vió delante de sí los brillantes escudos; pero durante dos dias conoció lo poco provechoso que le serían. Sintió hambre y en vano trató de buscar alimento, porque nadie queria recibir su dinero ni cambiar su oro por víveres, temerosos de que aquel dinero les trajese algun perjuicio.

—Compasion! compasion! decia el desgraciado.

—No hay compasion para el malvado que ha vendido el alma de su hija.

—Tomad mi tesoro y dadme los medios de vivir.

—Vuestro tesoro ha sido mal adquirido, y las monedas están marcadas con el sello de Lucifer, le respondian en todas partes.

Lleno de hambre, agitado, desesperado Alvaro llamó á grandes gritos en el bosque al desconocido á cuya generosidad debia sus dolores. En vano recorrió todos aquellos sitios, en ninguna parte lo halló. En aquella triste situacion, vuelto en sí, recordó que todos los caminos le estaban cerrados, no quedándole mas que uno que jamás se cerró al desgraciado; aquel en que el pecador arrepentido, el culpable llorando su falta eran recibidos con bondad y despedidos con dulces consuelos; era la casa del cura. Fué, pues allí, se arrojó á sus piés, confesó su crimen, recibió la absolucion y la esperanza que le dió el cura de que Dios no permitiría se llevase á efecto aquella venta.

Entregó el dinero al cura para que lo arrojase á la cisterna, no pudiendo servir para nadie por la procedencia diabólica que tenia. No quiso hacerlo el mismo Alvaro por no volver á tocar aquel endiablado oro. Arrojado el dinero á la cisterna, Dorotea, que habitaba una casita cerca de la del cura y que iba todas las mañanas á sacar agua de la cisterna con el cántaro del desconocido, vió un dia que el agua estaba sumamente baja y por mas esfuerzos que hacia no podia sacar su cántaro. Se volvió á su casa llena de sorpresa al ver que este pesaba mas que lo ordinario.

—Echame agua, la dijo su marido alargando un vaso, tengo sed, que el agua es el néctar de los pobres y la providencia de los labradores.

Dorotea echó agua. ¡Oh sorpresa! El vaso sonó argentadamente y una porcion de escudos de oro aparecieron.

—Milagro!

—El cántaro está encantado, replicó el esposo.

—¡Qué gran cantidad de dinero, de oro, y todo es nuestro!

—¿Deberemos ocultar esto? observó el prudente marido.

—Hijos míos, les dijo el cura su vecino, que se hallaba sentado á la puerta de su casa y seguia con atencion aquella escena, ese dinero es vuestro, podeis gastarlo sin temor, bendecido el cántaro, bendecidos son sus provechos.

Bien pronto supo la aldea entera el suceso y se llenó de consternacion temiendo prohibieran sacar agua, aun por la retribucion; pero no fué así. Los dos esposos eran demasiado generosos y verdaderos cristianos, y sin exigir retribucion alguna mas que la que antes les pagaban, permitieron sacar agua de la cisterna, de la que alguna vez sacaban tambien alguna moneda de oro. Dorotea sin embargo se ponía triste de cuando en cuando pensando si podria tener efecto la venta que habia hecho su padre de su alma al diablo. En vano el marido trataba de tranquilizarla; pero el misterio de todo el suceso y las dudas llegaron un dia á aclararse.

Llegó el dia que se celebraba la fiesta de la aldea, y en medio de la alegría, de las músicas, de los juegos y de los bailes de las aldeanas, se aparecieron dos caballeros que llevaban de la brida dos caballos.

El uno de ellos era un hombre alto, hermoso, vestido con gran lujo; era el Señor de la comarca. Era un verdadero rico-hombre de aquel tiempo, activo con los grandes, afable con los humildes, hacia diez años que la habia heredado de su padre; habia estado ocupado en las guerras de Navarra y Aragon, y era casi un extraño para los habitantes de Solera, en Andalucía, porque habia, además, pasado una gran parte de sus primeros años viajando é instruyéndose sobre los hombres y las cosas de su siglo. Los nueve caballeros que le escoltaban llevaban trage de

hombres de armas con sus colores, y colgado de la silla del caballo se veia con gran asombro de los curiosos, un objeto inusitado en las costumbres y trages de la caballería y de los señores: era un pellejo vacío.

—Y bien, carpintero, dijo á Alvaro confuso y asombrado el desconocido caballero ¿no quieres echar un trago conmigo y llenar mi pellejo con buen vino?

Alvaro no contestó.

—Has olvidado nuestra entrevista durante la tempestad, con el rayo y el relámpago por acompañamiento? Hermoso, alegre era aquello, el agua caía á torrentes por fuera y el vino caía á torrentes por dentro.

—¡Chis! ¡Chis! decia Alvaro volviendo la cabeza á todos lados, no me recordeis ese fatal momento que quisiera borrar de mi memoria.

—¡Cómo, Alvaro! replicó su antiguo parroquiano ¿desprecias al comprador de tu mercancía que te la pagó al contado?

—¡Por compasion, por compasion! repuso Alvaro ocultándose entre la multitud de los villanos; olvidad este crimen que deploro; he hecho ya penitencia por él: Señor, Señor, libradme de la tentacion de este demonio.

Echóse á reir el caballero con aquella risa estridente que habia empleado la noche de su entrevista con el carpintero, y echándole mano, cogió á Alvaro confundido por esta accion.

—Es muy mal hecho, le dijo afablemente, renegar de sus parroquianos.

En seguida dijo:

—Que se me presente Dorotea y su esposo.

—Señor! exclamó la jóven al reconocerle; ¡es el diablo, el diablo que habia comprado mi pobre alma!

—Dios mio! exclamó Alvaro dejando caer la cabeza sobre el pecho y agarrándose á su vecino para no caerse; ¡es el comprador del alma de mi hija!

—Vamos despacio, dijo el señor; y dirigiéndose al respetable sacerdote añadió: tranquilizad á estas buenas gentes; yo no soy un espíritu infernal sino el amigo de todos: Alvaro, tú eres un carpintero excelente, y mas que un obrero eres un artista. He oido y he visto tu furor por la borrachera y he querido castigarte. Yo soy el que llené el pellejo de vino de manzanilla para probar hasta donde puede llegar la borrachera. Yo soy el que te propuse la venta fatal, que tú aceptaste, del alma de esta buena niña: hacer el diablo no es difícil con una peluca roja y al resplandor de los relámpagos de una noche de truenos, de tempestad, y llevándolo por escuderos á nueve hombres de armas cubiertos con capas negras.

—Cómo, señor, qué ventura! dijo Dorotea, ¿erais vos al que yo hice beber por tres veces y que me ha regalado el don milagroso que me ha producido tanto oro?

—Yo te lo regalé por haber ocasionado tu desgracia; pero el cántaro estaba bendito por el cura que sabia mi secreto.

—Y esa cisterna, preguntó el marido de Dorotea, ¿por qué oculta oro?

—El arrepentimiento del culpable ha favorecido á los inocentes, contestó el cura. Alvaro me habia encargado que destruyese el precio de su traicion y lo arrojé á la cisterna á fin de contribuir á premiar la belleza de vuestros corazones. Como os habéis manifestado buenos cristianos y habéis llamado á vuestros amigos á participar de vuestra opulencia que os llegaba envuelta en el agua, el Señor os ha recompensado. Teneis ya el aprecio de todos y el afecto de cada uno en particular. Vuestra posteridad será bendecida.

El señor de Solera quiso tener á Dorotea y á su marido á su servicio, nombró á este su escudero y los llenó de favores.

Alvaro se hizo viejo y tuvo necesidad de todas las exhortaciones del cura para resolverse á beber un poco de agua y vino, y gracias á su templanza vivió cerca de un siglo.

Hoy que hace cerca de cuatrocientos años que se han verificado los sucesos que acabamos de contar, existe aun en Solera la cisterna maravillosa; solo que ha cambiado su nombre por el de Fuente de la Negra, su agua es fresca y cristalina como en tiempo de Dorotea.

El palacio feudal ha sido restaurado y presenta el aspecto que tenia en su primitiva época. Aun parece un centinela que vela continuamente sobre el pacífico señorío de Solera.

EL VIZCONDE DE S. JAVIER.

ROSA C...

Mas ¿qué importa tu nombre ni tu esencia?
Mujer o serafin, ángel ó flor,
Déjame consagrarte mi existencia
Y el culto de mi amor.

Lamartine.

La he visto por mi lado
cruzar indiferente
con noble continente,
con regia magestad.
La he visto! tras su huella
corrió mi fantasía,
dudando si sería
quimera ó realidad.

Su voz es dulce y suave,
su voz está formada
del aura perfumada
que vaga en el jardín.
Semeja el labio suyo
del nispero la fruta,
su boca es una gruta
de púrpura y jazmin.

Oh! yo me la figuro
en ilusion secreta,
de un sueño de poeta
divina encarnacion.
O en el morisco alcázar
Sultana desdenosa,
ó Maga misteriosa
que halaga al corazon.

Cual nunca imaginaron
esplendidos pintores
los mágicos colores
de aurora boreal,
no adivinó, forjando
las Sífides y Ondinas,
sus formas peregrinas
el númen oriental.

En el país hermoso
que el claro Glommen riega,
el hijo de Noruega
creyérala vision
que en los desiertos campos
cautiva al pasajero,—
idólata sincero
de antigua tradicion.

Mas no es fantasma bella,
efímera y liviana;
ni es árabe Sultana,
ni es Maga para mí.
Solo es una hermosura
de negra cabellera,
nacida en la ribera
que baña el Damují.

Rasgados son sus ojos,
preciosos talismanes
que anuncian los volcanes
del tórrido ecuador...
Sé ocultan en su seno
dos perlas temblorosas,
gemelas vergonzosas,
tesoros de pudor.

Magnífica belleza,
del Trópico candente,
que traes á la mente
recuerdos del Eden:
ah! deja que desnudo
de hipócrita ropage,
te rinda mi homenaje
con júbilo tambien.

¿Qué importan en la vida
dolores de mañana?...
La esclava ó la tirana
del férvido cantor,
anhelo solamente
¡oh diosa de mis lares!
quemar en tus altares
la mirra del amor.

(Isla de Cuba.)

EL HIJO DEL DAMUJÍ.

MIS CANTARES.

A MI QUERIDO AMIGO D. EMILIO DE PÁRRAGA Y DAZA.

Hay horas de silencio misterioso
En que rompiendo el alma sus cadenas,
En alas de la ardiente fantasía
Adormecida en el espacio vuela.
Horas de melancólica dulzura,
De ilusiones, de sueños, de quimeras,
En que el cielo se estiende á nuestros ojos
Y el corazon se olvida de sus penas.
Aspiracion del alma vigorosa
Que abandonando su prision estrecha,
Se dilata y se pierde en el espacio
Que hay mas allá de la anchurosa esfera.
La inspiracion entonces se detiene
Sobre la frente activa del poeta,
Y un canto arranca á su armoniosa lira
Que allá en la cumbre de la gloria suena.
El eco de los siglos lo repite,
Pasa el tiempo, lo admira, y lo respeta,
El génio de los hombres asombrado
Lo vé, lo siente, y lo comprende apenas.
El alma abandonada en el espacio
Libre se agita y en la gloria sueña,
Y esos sueños brotando de su lira
Hasta el alcázar que soñó le llevan.

Yo no aspiré á la gloria. Mis cantares
Son dulces cual la miel de las abejas,
Puros como las gotas del rocío,
Humildes como son las violetas.
Como el tímido arrullo de las aves
Entre las flores y las ramas queda,
Así espira mi canto cuando nace,
Sin que la brisa lo levante apenas.
Mis cantares son flores incoloras
Que brotan entre zarzas y entre peñas,
Sin mariposas, sin brillantes galas;
Solo perfume el corazón les presta,

Cuando un dulce recuerdo de la infancia
Cruza mi mente y la acaricia leda,
Si una brisa de amor bate sus alas
Y con su aliento el corazón refresca.
Si un pensamiento noble ó cariñoso
Se posa un punto sobre el alma inquieta,
Yo canto; pero canto como el ave
Que trina alegre en la enramada espesa,
Como el arroyo que á su pié murmura,
Como las auras que á la flor cimbrean.
Yo canto, porque siento dentro el alma
El dulce son que en mi cantar resuena,
Y el espíritu suave que me inspira
Ser de su ser á mis cantares presta.
Presuroso se agita el pensamiento
Prestando al alma misteriosa fuerza
Que me impele á cantar como los vientos
Llevan las olas á besar la arena.
Y canto, y mis cantares al perderse
Cual los del ave en la espesura inquieta,
Se llevan mis suspiros, mis pesares,
Mis amores, mis sueños, mis quimeras.
El agua así del manantial sonoro
Donde pura nació, rauda se aleja,
Ingrata huyendo hácia el audaz torrente
Que presuroso hácia la mar la lleva.
Si el olvido á la flor de mis cantares
Roba sus hojas, quedará su esencia:
Que es el alma inmortal, y en su corola
Vertióse el alma convertida en perla.
Otros aspiren á ceñir la frente
Con laureles altivos y diademas,
Yo solo pido en premio á mis cantares
Una mirada cariñosa y tierna.
Mi corazón como la flor marchita
Que al suelo inclina su corola bella,
Pide solo una gota de rocío,
Pide solo una lágrima serena!
Y tal vez cuando el alma vagorosa
El vaso rompa que su ser encierra,
Mientras tiende sus alas al espacio
Y emprende el vuelo á la región etérea,
Oculta bajo un sauce solitario
Os pida el aura al suspirar inquieta,
No una corona de laurel florido
Sino de mirto y amorosa yedra.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuación.)

—Os engañáis sobre los motivos que alejan á Teresa de aquí, respondió Pottewal sin mostrarse resentido por las bruscas palabras de su suegro.

—Decid, pues, los que son.

—Pues bien, es por los niños de su hermana que ella no puede ver.

—Vaya una idea!... Y qué le habrán los niños de Herminia?... Ella no tiene que mantenerlos, á menos que no deplora en el fondo de su corazón la división extrema de nuestra fortuna y el abatimiento en que ha de caer un día nuestro nombre!... y aun esto es un sentimiento legítimo que la honra mucho, Francisco, creedlo.

—No es eso, respondió Pottewal; cada vez que Teresa oye hablar de los niños de su hermana sufre y llora con tal desconsuelo que da lástima; yo en estos momentos la compadezco aun cuando se muestra tan áspere conmigo.

—Lo veis, Bonifacio? no os lo he dicho? exclamó la anciana.

—Entonces Teresa desea tener hijos?

—Yo daría la mitad de mi fortuna si Dios quisiera bendecir nuestro matrimonio.

—Vos también, Francisco?... vos también? os habeis vuelto locos los dos.

—Es por Teresa por quien lo deseo ardientemente; estoy seguro de que sería dichosa si fuera madre; nos uniría una mútua afección y este nuevo lazo daría otra dirección á nuestras continuas querellas; hoy cuando no estamos en disputa permanecemos el uno al lado del otro sin saber qué decir ni qué pensar.

—En efecto, quizá tengáis razón; murmuró Romys pensativo. Los hijos en la vida suelen ser casi siempre un manantial de placeres; pero aun no es tarde, Francisco, no perdáis la esperanza.

Reinó un instante de silencio.

—Os olvidáis de la plata, Julia, dijo Romys.

La buena señora colocó la vajilla en una bandeja y la llevó á la casa. Pottewal dirigió una mirada en torno del jardín y como si notase entonces que era el único convidado preguntó:

—Qué hora es?

—No lo sabéis? Las tres.

—Me extraña no hallar ya á todos tomando café.

—El segundo tren no llega á Darlingén hasta las tres y media; falta por lo tanto media hora para que vengan.

—Entonces no quiero molestaros; me voy á pasear bajo los árboles de la cerca.

—No, quedaos; hablaremos de negocios. ¿Cómo está el comercio, se gana mucho actualmente?

—Suelen ganar los que tienen el atrevimiento de exponer su fortuna; la escasez y la carestía amenaza sobre todo en Flandes. ¡Ah! no sé lo que será este invierno de ese desgraciado pueblo; da lástima oír en la Bolsa lo que cuentan sobre la terrible miseria que aumenta de día en

dia. En los alrededores de Thielt se han hallado algunos tejedores muertos de hambre en la calle. Los pobres obreros corren hambrientos por bandadas de mas de cien personas.

—Esto es una desgracia!... pero qué podemos nosotros hacer, por amor de Dios?... Los especuladores encuentran su ganancia en esta carestía y ahora que estamos solos me permitiréis decirlos, Pottewal, que haceis muy mal en dejar pasar circunstancias tan favorables.

Ahora se pueden ganar muchos miles de francos y no teneis gota de sangre en las venas, si veis con indiferencia enriquecerse en torno vuestro sin tomar parte en el botín.

—Tengo poco ánimo; suspiró Pottewal.

—¿Y osaríaís quejaros de que vuestra mujer no esté contenta de vos? Vuestra conducta y esa indolencia culpable deben llenarla de indignación. ¡No tener mas que bajarse para recoger tesoros y quedar así mirándolos como un insensato, mientras que otros se los guardan!...

Pottewal se encogió de hombros y no respondió.

Esta indiferencia irritó de tal modo á Romys que dando un fuerte golpe con el puño cerrado sobre la mesa exclamó:

—Me cuesta violencia contener la cólera que me causa vuestra frialdad cuando os doy tan buenos consejos. Es incomprendible tanta tenacidad, acusáis á vuestra mujer y vos sois bien culpable despreciando los medios que se os presentan de adquirir una buena fortuna; ó sois loco, ó imbécil.

—No, Romys, no me juzguéis tan severamente; respondió Pottewal con sangre fría. Se emplean hoy toda clase de medios fraudulentos para hacer subir el precio del grano.

—Y bien, haced lo que hacen.

—En seguida se les hace bajar considerablemente, y tiene esto unas alternativas y una fluctuación que me espanta.

—Vamos, vamos; que los precios irán subiendo hasta la próxima recolección; un niño no lo dudaría.

—Sí; pero ¿y los centenares de barcos que vienen de Odessa y del mar Báltico y de América?

—¿Y qué importa eso, si no traen bastante para la Francia sola y la escasez seguirá por lo tanto? Además la cosecha de patatas está casi perdida por la enfermedad y os lo repito, para un hombre que se dedica al comercio de granos como vos y que tiene un buen capital disponible, los millones son tan fáciles de tomar como esta taza que veis aquí; decidme que digo mal si os atreveis.

—Quizá tengáis razón, Romys; pero yo no he nacido para arriesgadas empresas; estoy viendo algunos comerciantes que se enriquecen, y veo también otros muchos que pierden toda su fortuna. Yo prometí á mi padre sobre su lecho de muerte conservar intacta toda su fortuna y quiero cumplir mi promesa. Somos ricos y no tenemos hijos ¿qué falta nos hace arriesgarnos?

—Vaya!... Vos estais obcecado en esa necedad, y no hay medio de haceros comprender que es vuestro deber para con vuestra mujer y para con vuestra familia.

—Yo gano anualmente mucho mas dinero de lo que es preciso para mi casa, sin arriesgar el capital. Siento desagrados; pero mi determinación es irrevocable, porque si yo experimentara un gran revés no podría consolarme y moriría de pesar y desesperación.

Romys golpeó el suelo con el pié y ya la palabra holgazán estaba pronta á salir de sus labios proponiéndose llenar á su yerno de groseras injurias, cuando un ruido de ruedas se hizo oír en la calle deteniéndose un carruaje á la puerta de la casa.

—Qué significa esto? murmuró Romys; ¿habrán venido en carruaje hasta Darlingén? No me asombraría, porque así el viage cuesta mas que por el ferro-carril y esas gentes tiran el dinero de una manera...

No habia concluido de hablar cuando la puerta se abrió y cuatro ó cinco personas entraron en el jardín lanzando gritos de júbilo.

Era Herminia que se adelantaba hácia su padre con los brazos abiertos, M.^{me} Romys y la vieja Sofia con un niño en brazos que mostraba como en triunfo; la señorita María Blondeel con otro niño y su hermano Juan que palmoteaba llenando el jardín de gozosas exclamaciones.

Romys conmovido por las tiernas caricias de su hija murmuró algunas palabras amables y la desprendió de su cuello. Entonces vió la niña que le presentaban para que la abrazase.

—Es muy hermosa!... dijo besándola en los labios. Una paregita, Herminia, y será ya bastante; ¿no es verdad?

—Os suplico, papá, que la deis vuestra bendición; es esta la primera vez que veis á mi pequeña Herminia.

Romys hizo el signo de la cruz sobre la frente de la niña.

—Gracias!... papá!... vuestra bendición la hará dichosa, dijo la madre con ternura y gratitud.

Entonces apercibió á Mr. Pottewal á quien ya su tío Blondeel estrechaba la mano; fué hacia él y le abrazó exclamando:

—¡Ah!... mi buen hermano Francisco, ¡cuánto tiempo hace que no os he visto!... ¿dónde está mi hermana? soy tan dichosa que quisiera estrechar á toda la familia contra mi corazón.

Pottewal balbuceó una excusa y aseguró que su mujer no tardaría en llegar.

—Ven, Ernestito; dijo ella tomando de la mano al niño que acababa de soltar su tia. Ven á conocer á tu buen tío Francisco que te ama mucho; dale un beso, hijo mío.

El niño tendió los bracitos hácia Pottewal, y le sonrió tan dulcemente, que se sintió conmovido. Le tomó en brazos y le abrazó con verdadera ternura.

—Pero cómo no ha venido Ernesto? preguntó Romys asombrado.

—Un contratiempo imprevisto, respondió Herminia; el camino de hierro le da tanto trabajo! En este momento han venido á buscarle en un carruaje á toda prisa para ir á casa del banquero.

—Siempre ese eterno camino!... refunfuñó Romys; yo creo que no rodaremos en él jamás...

—Y cómo te va? eres siempre tan dichosa, hija mia? exclamó M.^{me} Romys.

—Muy dichosa!... el camino de hierro va bien; todo va bien!... respondió con los ojos brillantes de alegría.

—Y bien, sentémonos. Trae el café, Adela!... Adela!... exclamó Romys dirigiéndose hácia la casa.

Apareció una criada y llenó las tazas.

Pottewal habia tomado una silla para poder tener al niño en las rodillas; mientras que los demás se colocaban al rededor de la mesa, y conversando familiarmente con ellos daba golosinas al niño y le decia en voz baja palabras cariñosas. El pequeño Ernesto parecia experimentar una afición particular por su tío Francisco, pues le pasaba las manitas por la cara y le sonreía con cariño, como si se hubiera encontrado siempre sobre sus rodillas. Herminia agradecía á Pottewal la ternura que manifestaba á su hijo.

—Y vos, cómo estais, hermano Francisco? dijo ella; me habian dicho que estabais enfermo y gracias á Dios os veo bueno.

—Sí, estoy bien; pero qué niño tan hermoso!... qué encantadora criatura!... Yo pasaría toda mi vida mirándole así. ¡Cuán dichosa debeis ser, M.^{me} Decock!...

—Ah! mucho; hermano mio!... yo no podia imaginarme que fuera tan bella la vida.

—Parece que estais enfermo, Pottewal, dijo Blondeel.

—Oh! no, Mr. Juan; estoy bueno y contento, respondió. ¡Pero qué hermoso niño!...

La buena Sofia se aproximó para quitárselo, pero el pequeño Ernesto echó los brazos al cuello de su tío y demostró con un grito enérgico el deseo de permanecer sobre sus rodillas.

Mr. Pottewal, que hacia quizá mucho tiempo no recibia un testimonio tan sincero de amistad y de amor, se conmovió profundamente por la predilección que le manifestaba la inocente criatura y humedeciéndose sus ojos, brilló una dulce sonrisa en su abatida fisonomía.

Herminia tomó la niña y envió á Sofia á la cocina para que ayudase á la otra criada á servir el café.

Una conversacion animada comenzó en la que demostró Herminia su felicidad por algun rayo de arrebatadora alegría, confirmando su tío Juan con sus oportunos epigramas. Las dos hermanas Julia y María se estrechaban las manos y estaban tan absortas en su conversacion refiriéndose los menores detalles de su vida, como si no se hubieran visto en veinte años. Esta alegría general debia ser atribuida al buen humor evidente de Mr. Romys que no podia ver la dicha de otros sin mostrarse impaciente haciendo reflexiones desagradables, y á la sazón sonreía francamente respondiendo alguna vez con festivas chanzas á los ingeniosos chistes de su cuñado. Una vez habló del carruaje censurando este inútil gasto; pero Herminia le manifestó que su marido lo habia dispuesto así porque no puede uno detenerse cuando se quiere en el camino de hierro y con dos niños era preciso esta libertad; Romys no replicó y volvió la conversacion á tomar su animado carácter.

Pottewal no decia nada; jugaba con Ernestito pareciendo completamente absorto por las gracias del inocente angelito que se divertía en ponerle en la boca las golosinas que recibia, mostrándole un afecto especial.

De repente Pottewal palideció, sintiendo una conmoción inesperada; dejó precipitadamente al niño en el suelo y se quedó inmóvil con los ojos bajos como un hombre á quien se sorprende en una mala acción.

Teresa habia aparecido en el jardín, y viéndole con el niño de su hermana en las rodillas, le dirigió una mirada chispeante y amenazadora que le hizo temblar.

A los primeros pasos que dió en la calle miró á todas las personas que estaban reunidas al rededor de la mesa: iba preparada para saludar á Mr. Decock con una frialdad repulsiva; pero como no le vió, se manifestó menos áspere. Se dejó abrazar por su hermana y se sentó en la mesa á su lado.

Herminia que habia dado á su madre su pequeña niña por correr al encuentro de su hermana, la tomó y poniéndola sobre las rodillas de su hermana dijo alegremente:

—Ves, Teresa, qué linda es!... qué blanca!... vamos dale un beso sobre sus labios de rosa, cómo te mira, parece ya conocer á su tia!...

M.^{me} Pottewal inmóvil como una estatua de piedra, dirigió á la niña una mirada de extraña fijeza; su expresion era singular, brillaban sus ojos, su boca estaba abierta y sin embargo sonreía dulcemente apareciendo sobre su rostro una tierna emoción. Parecia al mismo tiempo una fiera que iba á devorar su presa y una tierna madre que acariciaba á su hijo bebiendo la felicidad en sus ojos.

—Hermana mia, dale un beso; murmuró Herminia.

Teresa se inclinó con lentitud sobre la niña y apoyó largo tiempo los labios sobre su frente.

—Basta, basta, hermana mia; dijo Herminia con inquietud como si hubiera temido alguna cosa.

Cuando Teresa levantó la cabeza, se vió que lloraba copiosamente, y habia inundado de lágrimas el rostro de la niña: temblando de emoción la puso en las rodillas de su madre y ocultándose el rostro entre las manos se puso á sollozar en alta voz; se estremecía con violencia y se la hubiera creído amenazada de un fuerte ataque de nervios. Todos la rodearon, pidieron agua, y Pottewal, el bueno de Pottewal, gemía mostrando un terror inmenso.

—Oh! Dios mio!... se ha desmayado!... exclamó; socorredla, socorredla!... qué hacer?... Un médico!... yo corro á buscar un médico!...

—Pero cómo no ha venido Ernesto? preguntó Romys asombrado.

—Ven, Ernestito; dijo ella tomando de la mano al niño que acababa de soltar su tia. Ven á conocer á tu buen tío Francisco que te ama mucho; dale un beso, hijo mío.

El niño tendió los bracitos hácia Pottewal, y le sonrió tan dulcemente, que se sintió conmovido. Le tomó en brazos y le abrazó con verdadera ternura.

—Pero cómo no ha venido Ernesto? preguntó Romys asombrado.

Pero se descubrió el rostro; habían cesado de correr sus lágrimas, y sin un ligero sonrosado que cubria sus mejillas, no se descubria en ella ningun rasgo de extraordinaria emocion.

A las palabras afectuosas que la dirigieron todos, respondió con una sonrisa amarga:

—No os alarmeis tanto, os lo ruego; es una indisposicion pasagera que no significa nada; son mis nervios y suelo tener con frecuencia momentos en que siento correr mis lágrimas sin motivo...

—Vos querriais tener un hijo ¿no es esto? interrumpió Blondeel; pues no hay razon todavía para desesperar.

M.^{me} Pottewal dirigió á su tio una mirada de desprecio.

—Yo os digo, Mr. Blondeel, que esto proviene de mis nervios y hariais bien en creerme sin buscar suposiciones en vuestra imaginacion.

Blondeel se encogió de hombros en señal de duda.

—¿No es verdad, Pottewal, que sufro á menudo semejantes ataques de nervios?... preguntó á su marido con una cólera comprimida; hablad ¿no es cierto?

—Sí, sí; es verdad, á menudo, casi todos los dias; balbuceó Pottewal dominado por la mirada de su mujer.

Todos callaron.

—Ahora, exclamó ella, tened la bondad de no ocuparos mas de este accidente, ó me vuelvo á mi casa; dadme una taza de café, esto pasará, y de todos modos os prevengo que apenas puedo estar aquí una media hora.

Volvieron cada uno á tomar su sitio en la mesa, esforzándose Juan Blondeel por reanimar la conversacion; pero sin resultado porque la alegría y la cordialidad habían desaparecido. Herminia con el pretexto de que le daba el sol á la niña se alejó de su hermana y retuvo tambien á Ernestito para que no se aproximase á ella; no era el rencor, sino la compasion el motivo que la hacia obrar así, pues notó en el rostro de Teresa una penosa contraccion cada vez que su mirada caia sobre uno de los niños.

Un campanillazo resonó en el vestibulo.

—Ya está aqui Ernesto!... exclamó Herminia.

—En efecto, he oido el silbido del tren hace poco.

Mr. Decock entró con ligeros pasos en el jardin; su rostro estaba radiante y brillaban sus ojos de alegría; sin hacer caso de la frialdad y poco afecto con que le recibió Romys estrechó cordialmente su mano, abrazó á su suegra, saludó con afabilidad á Pottewal y á su mujer y exclamó despues con júbilo:

—Herminia!... Mr. Juan!... M.^{lle} María!... tengo una buena noticia que comunicaros. Mi proyecto de ferro-carri! está aceptado.

Entusiasmas palmadas y gozosas aclamaciones respondieron á esta nueva.

—Aceptado?... qué quereis decir?... murmuró Romys; pero por las cámaras?... si no están abiertas!...

—No, no; por el ministerio. El minimum del interés está fijado.

—Bah!... eso es otra cosa: promesas!... promesas vanas!... siempre castillos en el aire; dijo Romys.

Teresa que se habia estremecido á la primera nueva de la aceptacion del proyecto, levantó los ojos, sacudió la cabeza y se echó á reir asociándose á la duda de su padre.

—Pero, padre mio, replicó Decock, ¿dejadme explicaros el negocio y vereis como no me regocijo por una cosa imaginaria. Los ministros tienen una gran mayoría en las cámaras y han resuelto emprender grandes obras públicas para dar trabajo á las clases jornaleras que lo necesitan, poniéndoles al abrigo de la miseria este invierno próximo. Despues de aceptado por ellos no es dudoso que mi proyecto llevado á las cámaras en noviembre próximo sea votado inmediatamente.

—Eso es incierto!... incierto todavía!... el pájaro vuela

aun libre en los aires; interrumpió Romys.

—Esta vez, sin embargo, os engaiais; exclamó Ernesto con una sonrisa tranquila. Hay ya una sociedad inglesa que compra mi proyecto, teniendo yo como autor del plan y como director de los trabajos, ciento veinte mil francos de acciones en la sociedad.

—Ah!... si tiene buen éxito en noviembre... murmuró Romys que comenzaba á ver el negocio por su lado bueno.

—Un éxito completo, respondió Mr. Decock. El banquero de Bruselas que está al frente de la sociedad ha querido comprarme hoy mi parte por cien mil francos.

Esta circunstancia colmó el júbilo y el asombro de todos.

Ernesto corrió hácia sus hijos, los besó tiernamente y abrazó á su mujer con igual ternura. Juan Blondeel le estrechó contra su corazon y María le tomó las manos con efusion; Pottewal mismo, estimulado por estos testimonios de sincera afeccion le felicitó en términos muy sentidos.

Una sonrisa amarga plegó los labios de Teresa; la expresion irónica de su rostro demostraba la duda y parecia irritarse sobre todo de que su marido osase hablar con familiaridad á su cuñado hasta el extremo de apretarle la mano.

—¿Será posible, Ernesto, preguntó Romys, que se os hayan ofrecido cien mil francos en dinero contante? ¿y porqué habeis hecho la locura de rehusarlos?

—¿Iria yo á sacrificar veinte mil francos, cuando he de tomar mi parte dentro de algunos meses? Gracias á Dios, no me ciega la codicia hasta ese punto.

—En efecto, Ernesto, veinte mil francos son mucho para perderlos. Vamos, sentaos, tomad una taza de café; quiero estar alegre hoy, y celebraremos el negocio con una botella de mi viejo borgoña.

—Bravo, padre mio!... bravo; ya estais de nuestra parte, exclamó Herminia; si yo no tuviera encima á mis hijos saltaria á vuestro cuello.

—Sí, dos botellas!... exclamó Blondeel frotándose las manos; jamás he tenido tantas ganas de beber un buen vaso de vino como en este momento.

—Tomad la llave, dijo Romys á su mujer; id á buscar dos botellas, Julia; allá abajo, en el fondo de la cueva, de aquellas que están cubiertas de telas de araña.

Y tomando la mano de Ernesto, le dijo con afectuoso tono:

—Vamos, Mr. Decock, este es un buen principio; si continuais así, seremos los mejores amigos del mundo; sois un buen muchacho y ganareis mucho dinero; para esto se necesita valor y ciencia, y eso no os falta; quién sabe si con el tiempo dareis mas honra á la familia, que otros que tienen la fortuna por herencia!...

A estas palabras dirigió una ojeada á Pottewal que sintió el golpe y bajó avergonzado la cabeza. Teresa tembló de despecho y de mal contenida cólera.

—¿Y qué contais hacer con este dinero cuando lo hayais recibido? preguntó Romys. Comprareis seguramente una finca, una grande ó dos pequeñas.

—No, padre mio; yo tengo otro proyecto, respondió Ernesto; desde luego coloco sobre la cabeza de cada uno de mis hijos veinte mil francos.

Herminia le tomó la mano á hurtadillas y se la apretó con reconocimiento.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará).

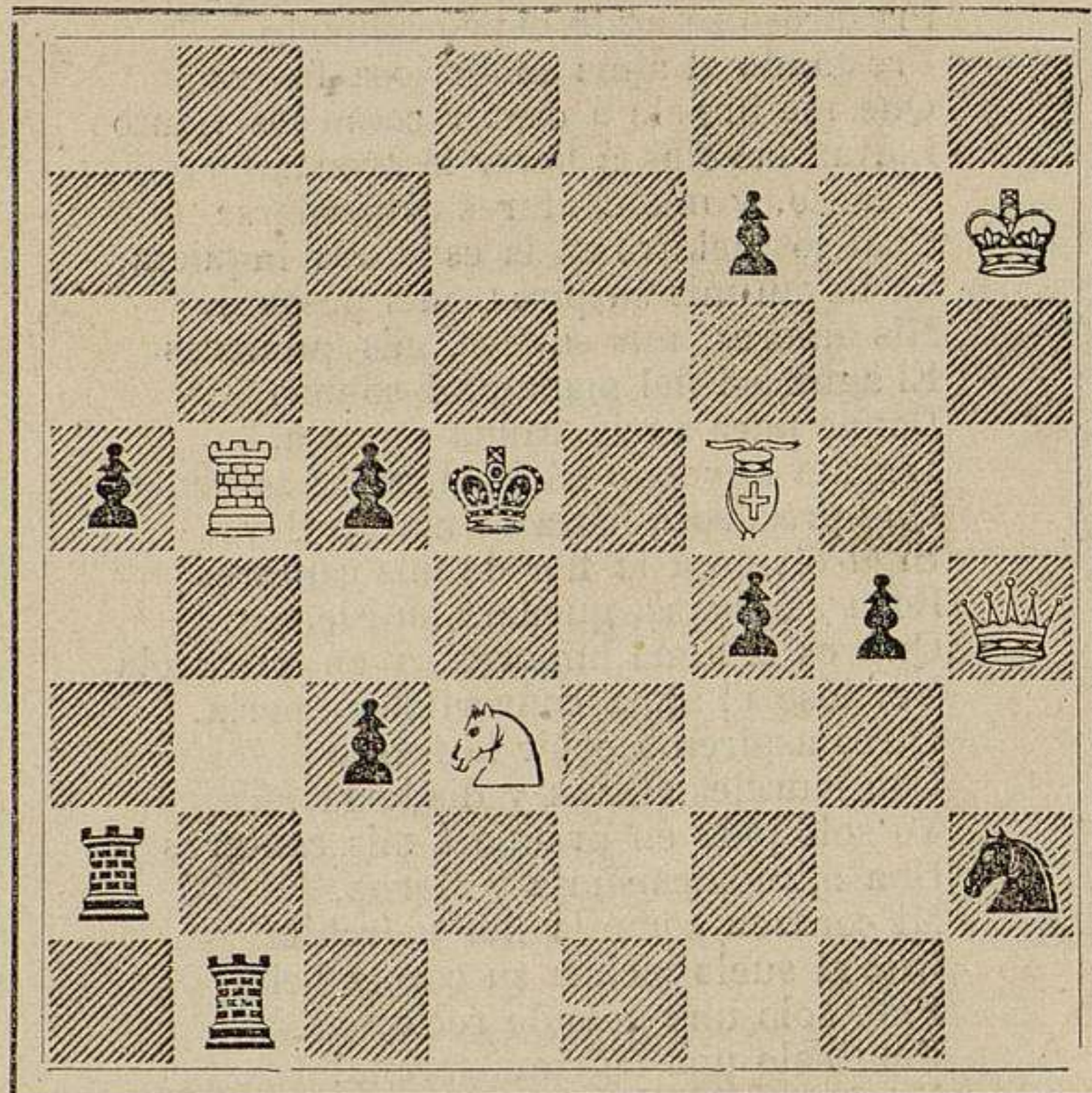
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 94.

- | | |
|--|-------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1.ª T. 5.ª T. á 3.ª T.R.ª | R. 4.ª R. |
| 2.ª T. 5.ª A. jaque. | R. toma P. |
| 3.ª T. 3.ª R. | P. toma T. |
| 4.ª T. 5.ª R. | Cualquiera. |
| 5.ª A. 3.ª T.R.ª ó C. 8.ª R. jaque-mate. | |

PROBLEMA N.º 95, COMPUESTO POR M. S. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO CON MANGAS ESTRECHAS de fulard liso Habana claro, con guirnalda bordada de seda Habana mas oscuro. Enagua de encima de fulard liso Habana mas oscuro que el del trage de debajo, con guirnalda bordada de seda Habana claro; esta enagua abierta vá recogida en ámbos lados por gruesos botones forrados de fulard. Paletot bordado, igual á la enagua de encima, con mangas muy largas abiertas, forradas de fulard liso, del color del trage de debajo. Sombrero bullonado de tul blanco, forrado de crespon azul con acianos.

ZAGALEJO DE PELO DE CABRA GRIS SUECIA (un poco lila), con aplicaciones de arabescos de tafetan violeta, con orla de cuentas blancas y negras. Trage corto igual, orlado con una tira de tafetan violeta á puntas redondeadas, y un fleco negro y blanco; todos los contornos de las puntas se orlan con cuentas blancas y negras. Paletot recto de la misma tela del trage, adornado con arabescos como los del zagalejo; estos arabescos rodean el paletot; en la sisa y en el escote van tiras semejantes á las del trage, pero mas estrechas. Sombrero redondo de paja, sin otro adorno que una tira muy ancha de tul violeta, enrollada al rededor de la copa, que es muy baja.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.

A LOS NUEVOS SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Habiendo reimpresso esta Empresa los números que faltaban para completar algunas colecciones de años anteriores, las ofrece á los mismos en los precios siguientes:

La respectiva á 1862.	por 140 reales vellon.
„ á 1863.	por 140 „
„ á 1864.	por 160 „
„ á 1865.	por 160 „
„ á 1866.	por 160 „

Tomando todas las colecciones se darán en 500 rvn.

En America fijan el precio los Sres. Corresponsales.

En atencion á ser muy pocos los ejemplares que hay disponibles, la venta se hará exclusivamente á los que sean suscritores á La Moda Elegante en la actualidad.

Los pedidos se dirigirán, acompañados de su importe en letras de fácil cobro, á la Administracion de Madrid, plaza del Príncipe D. Alfonso, núm. 8, ó á la de Cádiz, calle de Ahumada, núm. 5.

El Administrador: CELSO MERLO.